

Remi©s



Ilustración de Andrea Michelle Proaño Muñoz bajo licencia CC—BY—NC—A 4.0 Internacional

Cuentos e ilustraciones del primer concurso de obras derivadas realizado en Ecuador

Noviembre 2018

*“Los grandes artistas copian,
los genios ~~roban~~ crean a partir del licenciamiento abierto”.*

*Pablo Picasso-
Creative Commons*

Acerca de

Bienvenidos al libro con las obras de texto que participaron en concurso de escritura creativa e ilustración “RemiCCs” 2018. Un experimento de cultura libre donde decenas de ecuatorianos **transformaron una obra original en docenas de obras derivadas**: copiaron, adaptaron, mezclaron, transformaron, pervirtieron, ilustraron, cambiaron. En otras palabras, que crearon libremente.

La obra original

Todo esto fue posible gracias a las licencias Creative Commons. El cuento “**Nunca toques las galletas**” del escritor ecuatoriano Ney Yépez Cortés, es una obra libre que usa una licencia **CC—BY 4.0 Internacional**. En otras palabras, mientras cites el autor y esta licencia, puedes darle cualquier uso a su obra. Cualquiera. El que se te ocurra.

Las obras derivadas

Recibimos un total de 26 obras desde todas partes del Ecuador; cada una de ellas es una obra derivada de “Nunca toques las galletas” y lleva su propia licencia Creative Commons: los derechos de autor de estas creaciones le pertenecen a los artistas, pero a su vez ellos te han permitido hacer ciertas cosas con ellas. Los autores escogieron las licencias y te van a contar por qué en el transcurso de este libro.

Compilación

Andrés Delgado—Ron (info@ccecuador.org)

Impresión

Gráficas BM

Índice de contenido

La nostalgia de Pleysho Guntherdin.....	4
Nunca toques las galletas (obra derivada).....	10
Nunca toques las galletas (obra derivada).....	15
Acre en las entrañas.....	24
Galletas.....	30
¿Qué hago todos los días?.....	34
Nunca toques las galletas, ni en tus sueños (bueno sí).....	37
Las cartas perdidas.....	44
El reencuentro.....	47
Preparativos.....	50
La casa en el bosque.....	53
Nunca toques las galletas: la historia de Pleysho Gutherdin.....	56
La hija de Efraín & el regalo.....	60
Espero que nadie las toque.....	67
Nunca pero nunca.....	71
Sin título.....	75
Cosechando champiñones.....	77
Nunca toques las galletas (arreglo).....	82
Cocinar.....	94
Guntherdin: confesiones de un gnomo machacheño.....	97

Organiza



Patrocinan



La nostalgia de Pleysho Guntherdin

Danilo Paúl Guanoluisa Chuqui

Ganador del primer lugar

Ese día fue como cualquier otro. Sentado sobre un tocón en una ladera de la colina, solías contemplar el atardecer, plasmado en el horizonte con colores de un otoño continuo, en arreboles incandescentes con reminiscencias de fuego antiguo. Desde ese punto podías divisar la casa solitaria, oscura, rodeada de un aire de desamparo que adquirió después de que el viejo Efraín muriera. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que ese humano que podía verte se había ido? El paso del tiempo es relativo, mientras que para una libélula un mes es casi media vida, para una roca cien años no son más que un suspiro de soledad, y para ti, Pleysho Guntherdin, gnomo del bosque, veinte años fueron casi imperceptibles. Aun así, te sentabas a contemplar la casa, y recordabas aquellas noches remotas en que comías leche con galletas que le viejo Efraín te dejaba en el piso de la cocina, las mañanas en que Martha, su esposa, salía con un sombrero de ala ancha, para protegerse del sol, a cuidar del jardín repleto de flores, y las madrugadas frías en que, mientras ellos dormían, tú arreglabas la casa como agradecimiento por la comida y la compañía.

Recordabas a la perfección el día en que llegaron para construir la casa. Los hijos del bosque tenían por norma general no acercarse a los humanos, pero aquella mañana todos se congregaron en el límite del bosque, protegidos por las sombras de los altos cipreses, espiando atentos los movimientos de aquellos seres que presagiaban destrucción. Escucharon el rugido de bestias insaciables que devoraban cuantos árboles se encontraba a su alcance, el siseo de tanques que escupían piedras, el resonar de las voces humanas trabajando sin parar, ruidos enloquecedores que aniquilaban la paz a la que estaban acostumbrados. Para cuando terminaron ya todos se habían refugiado en la espesa neblina en lo más profundo del bosque, menos tú, que quedaste encandilado por la presencia de los dos ancianos que desde entonces ahí habitaron.

En los días siguientes te acercaste aún más, buscando la forma de ahuyentarlos de ahí. Empezaste por hacer ruidos para asustarlos, de los que ellos eran apenas consientes, porque su mundo entero estaba lleno de ecos que te sobrepasaban. Luego empezaste a mover las cosas del interior, un zapato izquierdo que amanecía en la cocina, una madeja de lana olvidada en el baño, pinceles de

pelo de camello escondidos entre el librero. También esto resultó infructuoso, los ancianos atribuían estos percances a la edad, era algo a lo que ya se habían acostumbrado.

Decidiste entonces mostrarte por primera vez. Era un día esplendoroso, Martha sostenía una tijera de podar en su mano, con la que iba quitando las asimétricas ramas de los rosales. Te acercaste por detrás, tomaste una roca y se la arrojaste a la cabeza. Te falló la percepción del tamaño de estos enormes seres, pues lo que pensaste que bastaría para hacerle daño a aquella mujer, apenas y sirvió para llamar su atención. Se volteó, pensando que había sido su esposo quien requería de ella, pero te vio a ti, con tu larga barba pelirroja, tu adorable traje de época antigua y tus pies descalzos. Martha quedó estupefacta ante la enorme presencia de tus treinta centímetros, y tardó algunos segundos hasta reaccionar.

—Buenos días –dijo con su voz amable.

Y entonces fuiste tú quien quedó estupefacto, absorto en la dulzura del sonido que salía de su boca, y más confundido aún porque nunca imaginaste que te iba a contestar con tanta familiaridad. Querías decirle que se fuera, que se alejara de aquel lugar, que esos terrenos pertenecían a los hijos del bosque, pero las palabras se perdieron en tu mente y nunca llegaron a surgir.

—Buenos días –volvió a decir, seguida de una tos que por completo te asustó.

No pudiste soportar más, y desapareciste. Ignorabas por completo que muchos humanos estaban acostumbrados a lo que ellos llamaban “presencias”, gnomos, duendes, fantasmas, brujas y otros seres, de los que tenían una recopilación entera de leyendas que se pasaban de generación en generación.

Pasaste varios días sin acercarte al hogar, pensando en otra forma de lograr tu cometido. Una tarde, mientras los ancianos dormitaban en la sala, entraste por la ventana de la cocina. En la mesa central había un bol lleno de fruta variada, de colores lustrosos y formas redondeadas. Tomaste una, casi tan grande como tú, la pelaste, y apenas pudiste terminar de comértela. Botaste la cáscara ahí mismo, en el piso de la cocina, esperando que ese gesto tan desconsiderado tuviera algún efecto en la mujer, pensaste que si no podías asustarlos, por lo menos harías sus vidas tan miserable hasta que ellos mismo decidieran partir. La escena no pasó desapercibida por Martha,

que sabía que su esposo sería incapaz de algo semejante, y, como nadie más vivía en casa, sospechó seriamente de aquel ser que vio en su jardín el otro día.

Al día siguiente fuiste al mismo día. También entonces los encontraste dormidos. Repetiste el ritual anterior, pelaste la fruta y tiraste la cascara en el piso de la cocina. Eso fue lo que terminó por convencer a Martha que un extraño ser rondaba por ahí. Tú, parapetado en el marco de la ventana no dejabas de reír, pensando que si seguías así lograrías que en algún momento se fuera. Al tercer día, la mujer no pudo más.

—Te lo digo en serio, Efraín, en esta casa hay un duende –se quejó ante su esposo. Martha le refirió los acontecimientos de los últimos días.

—Ah, mujer, es solo tu imaginación –respondió.

—Y cómo explicas las cáscaras en el suelo. Además te digo que yo lo vi en el jardín.

El viejo Efraín decidió dejar un vaso de leche y galletas en el piso de la cocina.

—Si mañana el plato aparece vacío, te creeré –sentenció el anciano.

Tú, que escuchabas todo, pensaste que esa era la oportunidad que esperabas. Aguardaste a que anoheciera, Efraín salió de su estudio en el que se encerraba por horas a pintar paisajes, se acercó a su mujer que se había quedado dormida en la sala, con un pañuelo en la mano y con el tejido a un lado. La levantó y fueron juntos a la habitación, dejando el resto de la casa en una oscuridad nocturna perfecta para empezar tus fechorías. Para que no existiesen dudas empezaste por comer tres frutas seguidas, dejando, claro, un reguero de cáscaras por toda la casa, la leche te la terminaste de un sorbo, y fue entonces cuando empezaste con las galletas. Con el primer mordisco fue suficiente para caer en su hechizo, no podías creer que algo tan delicioso existiera en este mundo y ya no pudiste parar, zampándote una galleta tras otra hasta casi atragantarte.

—Muy bien Señor Pedazo de Cáscara –dijo al día siguiente Efraín, al ver tal espectáculo—. No importa lo que hagas, no creas que nos vas a asustar.

Señor Pedazo de Cáscara, vaya nombrecito que te había puesto, pero no te desagradó del todo y hasta lo tomaste con un poco de humor. Además, las exquisitas galletas bien lo valían. Pasaron

muchos días en que continuaste con tus triquiñuelas, pero al ver que no aparecían más galletas, decidiste aparecerte de nuevo ante la anciana.

—Buenos días –dijo ella sin alterarse ni sorprenderse, con su voz algo más carrasposa que la vez anterior.

—Quisiera más galletas, por favor –lograste decir al final, notando cómo un leve rubor empezaba a asentarse en tu rostro. No lo pudiste soportar y desapareciste de nuevo.

Esa noche, sin embargo, encontraste el plato de galletas acompañado de un vaso de leche. No pudiste evitar sentirte mal por cómo habías tratado a ese par de ancianos, sobre todo a la mujer, asustándola y hasta agrediéndola. Para redimirte de algún modo empezaste a arreglar la casa, limpiar el polvo y acomodar los trastos de la cocina.

—Muchas gracias Señor Pedazo de Cáscara –dijo Martha, y una extraña sensación recorrió todo tu cuerpo.

Así pasaron los días y los meses, y lo que empezó como un elaborado plan para asustar a los ancianos terminó como una rutina en que todos habían quedado conformes. Ellos satisfechos con la ayuda que les prestabas limpiando su casa y tú, Pleysho Guntherdin, feliz con tus galletas, manjar de los dioses, como solías describir. Llegó a haber tanta familiaridad que Martha solía contarte su día, cuánto le gustaban las rosas, lo que andaba tejiendo, sus dolores de espalda, aun cuando no podía verte y sin esperar que le respondieras. Eran cosas que no podía compartir con su esposo porque este se encontraba muy ocupado en su estudio, y no quería molestarlo. Un grave tosido interrumpió la escena. La mujer se levantó y entró en casa.

—Te he dejado un regalo junto a las rosas rojas –te dijo con una voz muy débil.

Esperaste a que Martha desapareciera en el interior de su hogar, te acercaste al jardín y encontraste un sombrero de ala ancha, tal cual ella usaba para protegerse del sol, de la misma forma y material, y desde entonces lo llevas puesto a cada momento. No pudiste evitar notar lo mucho que había adelgazado la mujer, lo más a menudo que se quejaba de sus dolores, la intensidad cada vez más creciente de sus ataques de tos. Y supiste lo que pasaba, pues habías escuchado hablar de la mortalidad de los hombres.

En los días siguientes Martha casi no se levantó de su cama. Estaba bastante pálida y hasta parecía que se había encogido un poco. El médico que había venido de la ciudad la revisó, le recetó unas pastillas y le ordenó reposo absoluto. Te habías encariñado tanto con ella, que no podías soportar verla así. Partiste hacia el bosque en busca de algo que pudiera ayudarla, pero ninguno de tus hermanos te dio esperanzas, pues también ellos sabían del ineludible destino de los hombres. Solo Sarfius Astarax, el gnomo más antiguo del bosque, conocedor de todas las plantas y venenos, animales y alimañas, te contestó.

—Si en verdad quieres ayudarla, deberías evitarle tanto dolor.

Esas palabras resonaron en tu cabeza, y no dejaste de repasarlas una y otra vez hasta regresar a la casa de los ancianos. Entraste en su cuarto, mientras Efraín no estaba. La encontraste más marchita y débil que antes, pero eso no evitó que te reconociera.

—Buenas noches –dijo con su voz entrecortada.

—Buenas noches –le respondiste, por fin—. Quisiera ayudarte, pero hay solo una cosa que yo pueda hacer para aliviar tu dolor. –Martha sabía a lo que te referías, y asintió—. Esta noche cuando Efraín duerma, ve a la cocina y toma una de mis galletas, cómelas y ya verás cómo todo va mejor.

—Muchas gracias Señor Pedazo de Cáscara. Por favor, cuida mucho de Efraín.

Al día siguiente el anciano la encontró en la sala, con el plato de galletas en su regazo, con una paz profunda en su rostro y sumida en un sueño del que ya no despertaría. Te acercaste a Efraín, y con la voz más suave de la que fuiste capaz, dijiste:

—Por favor, ¡nunca, pero nunca toques mis galletas!

Ese día fue como cualquier otro. El viento soplaba desde el oeste en esa tarde de octubre, primero en suaves brisas titilantes, luego en volutas convulsas y finalmente en un torbellino brioso que pasó silbando entre las agujas de los arcaicos cipreses. Ensimismado en tus pensamientos apenas alcanzaste a percibir un aroma de antaño, el olor de Martha y Efraín juntos, que emanaba de aquel muchacho que ahora se bajaba del coche y entraba en la casa. Era Benjamín, su nieto, al que habías conocido en una ocasión hacía muchos años. Pensaste en acercarte a él, si él te recordaría, si era buena idea mostrarte de nuevo ante los humanos. Con la larga pipa en tu boca, aspirando y soplando, formando las más variadas figuras, desde círculos perfectos hasta rápidos conejos que

en un dos por tres se fundían con el aire, te levantaste y con pasos parsimoniosos te internaste en el bosque.

Licencia



Atribución—NoComercial—CompartirIgual: Esta licencia permite a otras remezclar, retocar, y crear a partir de su obra de forma no comercial, siempre y cuando den crédito y licencien sus nuevas creaciones bajo los mismos términos.

“La licencia que he escogido me ha parecido sumamente interesante, pues de este modo se pueden realizar modificaciones de una obra, lo que permitiría expandir el universo en que se desarrolla la historia, permitiendo enriquecerla con diferentes puntos de vista con los que puedan aportar otros escritores, haciendo, de esa forma, un trabajo conjunto de gran valor literario”.

Nunca toques las galletas (obra derivada)

Jefferson Santiago Lechon Sandoval

Leonor no supo en que momento se quedo dormida en su silla. Cuando despertó vio que tenia una manta sobre ella y una diadema sobre su cabeza mientras caminaba se dio cuenta que las cosas estaban en su sitio, la cocina limpia y todo cuanto usaron la noche anterior en su sitio. Excepto el plato con leche y galletas los levanto y los puso en su sitio.

Fue a su cuarto y se acostó. Cuando empezaba a clarear un olor hizo que se levantara sobresaltada era un olor a tabaco. Se enoja puesto que pensó que su padre madrugaba a fumar y en la casa, no pensaba en la salud de sus nietos. Se levanto para reclamarlo así que fue directo a su habitación. Le hablo en un tono como si una madre regaña a su hijo en lo que Efrain se despertó y con un rostro de no saber lo que pasaba intento comprender lo que le decía “hijita pero que pasa, porque me regañas”.

Leonor intento recapacitar mientras estaba parada frente a su padre lo veía que estuvo dormido y no pudo haber estado fumando, por lo que en un segundo intento comprender lo que estaba pasando o acaso ella había imaginado el olor a tabaco?. En ese mismo momento volvió a percibir ese olor pero ahora estaba convencida que era real así que le pregunto a su padre si alguien mas estaba en su casa, algún amigo o vecino en lo que su padre mientras se levantaba le dijo que de ninguna manera pero que no se asustara se trataba del Señor Pedazo de Cáscara.

Fueron a un paso no tan apresurado a la cocina que era de donde venia el olor pero fue grande la sorpresa que se llevo Efrain y su hija, por un lado el viejo miraba pedazos de cascara por toda la cocina y frutas a medio comer, por otro lado Leonor miraba a un ser pequeño con grandes orejas una barba larga y pelirroja su cara en general le recordaron a un Schnauzer no tuvo mucho tiempo de mirarlo puesto que ese ser iba de salida con un aire no muy amigable.

Tal fue el susto de Leonor que se desmayó en el acto, cuando despertó estaba en su cama muy arropada. Salió de la cama un poco confundida ya que no cualquiera mira un gnomo todos los días y lo toma con naturalidad.

Se vistió y busco a sus hijos que estaban con su abuelo al parecer habían ido al bosque a caminar un poco, tenía tantas ganas de hablar con su padre acerca de lo que había pasado pero pensó objetivamente tal como solía tratar algunas situaciones, así era ella.

Cuando Elisa y Benjamín se acercaron a ella escuchó unas vocecillas que le preguntaban “porque asustaste al Señor Pedazo de Cascara?” Solo entonces pensó que era suficiente y que su padre había influido en ellos suficiente. Tomó sus cosas empacó todo y sin dar mas explicaciones salió rumbo al pueblo con sus hijos quienes no sabían lo que estaba pasando al igual que Efrain que se quedó muy triste.

Ya a unas horas de camino y mas calmada intento conversar con sus hijos acerca del repentino cambio de planes pero ambos estaban convencidos que lo sabían o al menos lo que fue el inicio de todo el asunto. Ambos sostenían que su madre había tomado la comida del Señor Pedazo de Cascara y por eso él en su enojo dejó toda la cocina llena de pedazos de fruta. Pero para Leonor eso era producto de la influencia de su padre.

Durante su trayecto al aeropuerto seguía pensado en la charla que sostuvo con su padre la noche anterior y su idea que no le quedaba mucho tiempo por estar en este mundo, pero pensó que seguían siendo ideas descabelladas.

Cuando llegaron al aeropuerto Leonor volvió a sentir otro disgusto pero esta vez era con ella misma ya que había dejado los documentos personales olvidados en la casa de su padre al parecer no se había dado cuenta al momento de salir rápido de esa casa. Por lo que tuvieron que dar de nuevo un gran paseo de regreso.

Los niños estaban felices de poder regresar con su abuelo ya que solo estuvieron una noche y media mañana pero para su madre no le hacía gracia conducir todo el camino de regreso pero al mismo tiempo pensó que seria una oportunidad de poder hablar con su padre y hacerlo recapacitar inclusive que se medicara, por su bien, así que ya mas tranquila manejo con cuidado por la carretera.

Mientras llegaban Leonor pensaba en lo que iba a decirle a su padre o como iniciar la charla aun que mas le interesaba en tomar sus documentos. Los tres esperaban ver al viejo esperándolos en el porche de la casa con su pipa pero no encontraron a nadie.

Cuando entraron vieron todo tal como lo habían dejado la cocina aun estaba sucia, solo el cuadro que estaba en el gran salón estaba ya mas avanzado pero Leonor no quería verlo.

Busco a su padre pero en cuanto entró en su habitación lo miro recostado en su cama así que pensó en no molestarlo al menos por esa noche lo haría en la mañana ya que sus hijos estaban muy cansados pensó que pasar otra noche ahí sería una buena idea.

Mientras revisaba si se había olvidado algo mas, no podía dejar de mirar en dirección a la cocina pensando en si creerse a si misma lo que había visto o no. Decidió limpiar algo e ir a descansar. Pero no pudo estuvo un buen rato dando vueltas en su cama cuando escucho un ruido en el salón, temerosa llamó una vez a su padre pero nadie contesto quiso convencerse a ella que no había nada que temer y salió a ver que fue ese ruido era como si alguien caminara e hiciera rechinar algunas tablas del piso que estaban flojas.

En las habitaciones los tres dormían profundamente así que fue a revisar el resto de la casa cuando salió al salón paso de nuevo y esta vez ya no había lógica u otro pensamiento que la hiciera reaccionar de una u otra forma. Era él estaba dentro de uno de los muebles donde Efrain guardaba sus pinturas lo alcanzó a ver mientras alcanzaba a esconderse y solo vio sus manos que cerraban el mueble.

Casi por inercia se acerco al mueble e intento buscar algo para abrirlo encontró un pincel grande con el que lo hizo y ahí estaba tal como su padre lo había pintado en su cuadro y tal como lo recordaba desde esa mañana. Sólo se quedaron viendo fijamente el uno al otro como si esperaran a que uno tenga la iniciativa de decir o hacer algo.

—Eres real !

Fue lo único que dijo Leonor tomando la iniciativa y esperando por una respuesta ya que seguía en shock.

—Claro que soy real! Hable con Efrain y me contó como fueron las cosas.....

Dijo eso y salió del pequeño mueble de madera para seguir en su misión de limpiar, mientras ella lo veía aun con algo de temor. Empezó a seguirlo de lejos mientras lo veía levantar todo y ponerlo en su lugar.

Paso un buen tiempo hasta que el gnomo terminó de limpiar y se dirigió a Leonor.

La miro como si tratara de adivinar lo que pensaba en ese instante pero desvió la vista y se dirigió a la cocina. Leonor pensaba que le debía una explicación el Señor Pedazo de Cascara así que le dijo “¿a donde vas?”

El gnomo solo la regreso a ver y le dijo “tu padre te ama mas que a nada en el mundo” y siguió su camino. Tomo su pipa para guardarla y le dio un sorbo a su vaso de leche en lo que se dirigió a ella de nuevo.

—ahhhhh y Nunca pero nunca toques mis galletas!

Dijo eso y se fue ni si quiera lo alcanzo a ver por donde ya que no muy lejos estaban arboles muy grandes que dificultaban seguirlo. Ya empezaba a salir algo de luz de día cuando sintió una mano que la agarraba y le decía “regresaste hijita” a lo que ella no pudo contener las lagrimas y lo abrazo tan fuerte que por primera vez lo sintió tan cerca.

Habían pasado algunos meses en los cuales Leonor y los niños compartían cartas con Efrain desde California a Ecuador ya que como el viejo no daba su brazo a torcer si no usaba celular mucho menos un computador pero así era mas cercana su conversación a través de ese medio o así lo sentían. Hasta Efrain les envió el cuadro del Señor Pedazo de Cascara cuando lo terminó, era el tesoro de los niños y Leonor lo tenían en un buen lugar.

Como algunas cosas en la vida no se pueden controlar ni predecir una mañana le avisaron a Leonor que su padre había fallecido de muerte natural.

Los tres se preparaban para partir a Ecuador a darle el ultimo adiós a Efrain pero estaban tranquilos algo en ellos les decía que el siempre iba a estar con ellos sobre todo Leonor que ahora creía en las cosas inimaginables y prueba de ello tenia un tatuaje del Señor Pedazo de Cascara en su antebrazo que le recordaba que la magia existe y que las lagrimas se pueden convertir en risas con el tiempo. Tal como le había dicho su padre.

Licencia



Atribución: Esta licencia permite a otros distribuir, remezclar, retocar, y crear a partir de su obra, incluso con fines comerciales, siempre y cuando den crédito por la creación original. Esta es la más flexible de las licencias ofrecidas. Se recomienda para la máxima difusión y utilización de los materiales licenciados.

“Escogí la licencia CC BY 4.0 Internacional porque he leído acerca de los términos de uso y me alegra que exista este tipo de licencias ya que al menos aquí en Ecuador la mayoría estamos acostumbrados a tomar "obras" por decirlo en un termino general de otras personas y nunca darles ni si quiera el reconocimiento que se merecen, que todos nos merecemos. En mi caso estoy ligado con la tecnología y al uso de software libre pero el mismo que tiene sus pro y contras. Para terminar creo que escogí esta licencia por que es un inicio para mi para empezar a crear contenidos de distinta índole y saber que puedo poner una licencia para que la gente use mi creación libremente pero que no se olviden y yo igual no olvidar que las cosas son hechas por alguien y que por lo menos merecemos reconocimiento ya independientemente que la usen de una u otra forma. También es una buena oportunidad para involucrarme y conocer mas al respecto y compartirlo con las personas cercanas”.

Nunca toques las galletas (obra derivada)

Diego Leonardo Velasteguí Cisnero

Enamórate de tu existencia
Jack Kerouac

Leonor, con el ceño fruncido, conducía su automóvil por la carretera. Se dirigía a la casa de su padre, en una remota localidad en las montañas, y su destino final no le entusiasmaba en lo absoluto. Por un segundo miró sobre su hombro para ver dormir en el asiento de atrás a sus pequeños. Elisa y Benjamín, de nueve y siete años respectivamente, eran su adoración y desde su divorcio trataba de suplir de mil formas lo que ella consideraba un “vacío emocional” en ellos. Su formación como psiquiatra clínica le había vuelto analítica en extremo. Por esa razón no estaba muy feliz con aquel viaje. No creía que Efraín, su padre, fuese una buena influencia para los niños. Le parecía un anciano excéntrico, algo irresponsable y medio loco, a pesar de su dulzura y su buen sentido del humor.

Leonor vivía en la soleada California desde los veintitrés años, donde fue a estudiar con una beca y luego se quedó a vivir allí, se casó a los veintiséis y ocho años después se divorció. Una vez al año, durante las vacaciones de verano, traía a los niños a Ecuador para que visiten a los abuelos. Con su madre tenía una buena relación, pero con su padre nunca fluyó muy bien. Desde que ella cumplió los quince años no encontraba temas de conversación con él, pues era demasiado soñador e idealista y eso era inadmisible para su personalidad pragmática, esquemática, lógica y algo cínica.

El viejo Efraín solo sabía contar historias fantásticas y fumar aquel pungente tabaco en su pipa de marinero. Diez años atrás, cuando se jubiló de su trabajo como restaurador y curador de obras de arte, empezó a vivir de las rentas de una de sus propiedades y se dedicó a su gran pasión, que era la pintura. La pequeña casa campestre en donde vivía ahora fue adquirida con la finalidad de que sea una especie de santuario en donde encontrar inspiración para sus obras. Y su madre, que sin duda lo amaba, siempre le apoyó en sus excentricidades por lo que lo acompañó sin reparos a aquel paraje lejos de la gran ciudad.

Cuando su madre murió, con un cáncer fulminante cuatro años atrás, el viejo se lo tomó con bastante calma, pese a haber estado casados más de treinta y siete años. Fue algo inentendible para parientes y allegados. Y también para Leonor, que de todas formas intentó acercarse a su padre, luchando contra sus propias ideas.

Con algo de culpa pensaba que la visita al viejo Efraín había sido aplazada demasiado tiempo. No lo había visto en los últimos dos años. Y los chicos, por alguna razón que ella no alcanzaba a comprender, adoraban a su abuelo. Desde la adolescencia había rechazado la personalidad excéntrica y fantasiosa de su padre, y para colmo de la ironía, justamente era eso lo que les parecía tan encantador a sus hijos.

Ahora que era una adulta y que ella misma había fracasado en su matrimonio, Leonor tenía que admitir que, pese a la viudez y la soledad, su padre parecía un hombre feliz. Y le incomodaba la idea de que tal vez pudiese aprender algo de él, porque ella no era una mujer dichosa. Por el contrario, estaba llena de resentimientos y vacíos.

Por otro lado, había cosas que para ella eran inadmisibles. Por ejemplo, consideraba una amenaza la forma de ver el mundo que tenía su padre, tan descomplicado y relajado como un jovencito, pese a tener más de setenta años. No obstante, el amor que sentían sus hijos por el viejo —un afecto que era mutuo— le obligaba a ser tolerante y pasar unos cuantos días de visita en su rústica vivienda.

Estaba inmersa en estas reflexiones cuando divisó unos cuantos metros delante los carteles que daban la bienvenida al poblado de Machachi. Atravesando el pueblo llegó a un camino vecinal de tierra apisonada que conducía hacia el bosque cercano, donde el viejo tenía su casa. Tras unos diez minutos en aquel agreste camino, cercado a ambos lados por cipreses y pinos gigantes, llegó a un claro, en el medio del cual se levantaba una amplia vivienda de un solo piso, construida totalmente en madera y piedra, con unos exquisitos acabados rústicos que le daban la apariencia de la típica casa de los cuentos de hadas.

Cuando la mujer aparcó su vehículo, vio al viejo sonriente que le saludaba con la mano, sentado en su mecedora en el porche de la casa, con su pipa en la comisura de la boca, sus barbas grises y su sombrero de fieltro echado para atrás enmarcando sus enmarañados y blancos cabellos, bastante largos para el gusto de Leonor. Era como si los estuviese esperando. Ahora recordaba que su padre

siempre sabía cuando iba a llegar, aunque nunca se hubo anunciado con antelación. Y esa era su mayor excusa para negarse tercamente al uso de teléfono celular, aduciendo que era un artefacto innecesario y que además generaba dependencia, lo cual no era del todo descabellado.

Apenas apagó el motor del auto volteó y despertó a los niños.

— Abran sus ojos mis pequeños holgazanes, ¡ya llegamos!

— ¡Donde está el abuelito Efraín! – preguntó Benjamín emocionado.

— Me muero por entregarle las cartas que le escribimos – dijo Elisa.

— Primero que nada se ponen sus chaquetas antes de bajar del auto porque está haciendo frío.

— Pero nosotros no sentimos el frío mamita. ¡Vamos, quita de una vez el seguro de las puertas! – suplicó Elisa.

A Leonor le chocó la vehemencia con que sus hijos se entusiasmaron con su padre. En fin, tendría algún día que aceptar que el viejo tenía su encanto. Dejó que los niños bajen del auto y miró con algo de celos como abrazaban a Efraín. Le molestó que tenga su pipa encendida mientras los nietos se aferraban a sus piernas. Bajó del auto y se aproximó a su padre con una sonrisa fingida.

— Hola papá ¿Cómo estás?

— Encantado de que hayan venido. Los estaba esperando.

— ¿De verdad? Siempre dices lo mismo. Seguramente por eso estás fumando – dijo Leonor con sarcasmo—. Me parece que el humo del tabaco no les hace bien a los niños.

— Tú te preocupas demasiado hija mía – contestó sonriendo el viejo, ignorando el ataque—. Te aseguro que allá en California estos pobres muchachos respiran más humo que aquí ¿verdad?

Leonor no supo que contestar. Posiblemente el viejo tenía razón. Por otro lado, aquella actitud conciliadora y noble de su padre siempre lograba desarmarla. Pese a su falta de afinidad, ella no podía recordar que hubiesen discutido alguna vez. Meneando la cabeza en silenciosa reprobación siguió a su padre y a los niños al interior de la casa.

Dentro del inmueble, bañado por una penumbra sedante, todo se veía ordenado y limpio. Daba la sensación de que el tiempo no pasaba entre aquellas paredes. Tenía una pequeña cocina junto a un comedor y una salita con rústicos muebles. Una gran puerta corrediza separaba estos espacios sociales de un gran salón central, que era el estudio de pintura de Efraín, donde docenas de

cuadros de paisajes, hadas y elfos se apilaban en perfecta simetría en las tres paredes. El caballete en donde se encontraba una pintura a medio terminar ocupaba el centro del estudio, justo debajo de unos grandes tragaluces que llenaban de luz natural toda la estancia.

Los niños se pusieron frente a la obra inconclusa y la miraron detenidamente, con gran curiosidad y admiración. En el lienzo estaba un gran hongo de colores rutilantes sobre un verde prado. Como si fuese un gran árbol que presta su generosa sombra para descansar, en el tallo del hongo se veía un ser regordete, vestido con un ceñido jubón y unos pantalones apretados, con los pies descalzos y muy grandes. Un sombrero, que parecía elaborado con la misma tela del traje, estaba echado hacia adelante y no dejaba ver sus ojos, tan solo se distinguían unas grandes orejas puntiagudas dobladas hacia los lados por el ala del sombrero y una larga barba pelirroja de cuyo centro salía una larga pipa con una caleta grande y humeante.

— ¿Qué estás pintando abue? – quiso saber Benjamín.

— Es un retrato de mi “inquilino”.

— ¿Qué es un inquilino abue? – preguntó Elisa.

— Es una persona que vive en tu casa, pero tiene su espacio y comparte obligaciones contigo.

— ¿Y por qué tiene los pies tan grandes y las orejas en punta?

— Porque no es una persona como tú o como yo. El es un gnomo.

— ¿Un qué...? – preguntó el niño.

— Es un tipo de duende. Un ser elemental que vive en algunos lugares de la naturaleza o dentro de una casa tranquila.

— ¿Y tiene nombre?

— Por supuesto. Yo le llamo Señor Pedazo de Cáscara.

— ¿Y por qué le llamas así?

— Por la costumbre que tenía de robarse la fruta y dejar los pedazos de cáscara por toda la casa. Bueno, eso fue al principio, cuando recién nos mudamos acá. La abuelita lo vio un par de veces salir de la cocina, la primera vez robando una mano de plátanos y la segunda se llevó sobre la espalda toda una sandía. La viejita se asustó un poco y andaba armada con una escoba, dispuesta a acabar con el pequeñajo aquel.

— ¿Y qué pasó? – se interesó Elisa.

— Con el tiempo descubrí que si yo le dejaba algo de comida en un plato, el Señor Pedazo de Cáscara dejaba de hacer sus travesuras. Es más, encontrábamos que a cambio de la comida él

dejaba toda la casa en orden mientras nosotros dormíamos por la noche.

— ¿Y la abuelita ya no le tenía miedo?

— Con el tiempo se dejó ver, se hizo nuestro amigo y nos dijo que se llamaba Pleysho Guntherdin, pero que no le molestaba el nombre que le pusimos. Y aunque era medio cascarrabias, resultó ser muy colaborador en los temas de la limpieza y el orden de la casa y por eso se llevaba de maravilla con su abuelita. Cuando ella se fue al cielo, el me ayudó con sus poderes mágicos para que yo no muera de pena por su partida.

Hasta ese momento Leonor había escuchado en silencio la historia que contaba el viejo Efraín, pero cuando mencionó la muerte de su madre, se puso muy molesta. Evidentemente ella no había superado todavía aquel tema.

— ¡Ya basta papá! Los niños no necesitan tener en sus mentes tus fantasías. Y no mezcles en eso a mi mamá – reclamó con dureza.

— Pero si todo lo que les cuento es cierto hijita, palabra por palabra – respondió el viejo con una inocente sonrisa—. Tu mamá se hizo muy amiga del Señor Pedazo de Cáscara y de otros como él, que viven en el bosque...

— En serio papá que a veces me asustas. Creo que llegas a convencerte de tus propias fábulas. Por favor, date cuenta que tus nietos son muy influenciables.

— Creo que decirles la verdad a Benjí y Eli no les dañará en lo absoluto. Y si quieres te lo puedo presentar mañana. Solo deja que te conozca un poco más. Lo mismo va para ustedes niños.

Los dos pequeños aplaudieron con entusiasmo ante la idea de conocer en persona a un gnomo. Leonor, por su lado, estaba furiosa. Su mente racional y adulta no podía permitir que las fantasías de su padre se le salgan de las manos. Podría afectar la psique de sus hijos, ya que ellos creían fielmente en las palabras del abuelo. Y como evidentemente aquel ser era producto de su imaginación, tenía que proteger a los niños de la decepción y el desencanto que sentirían al reconocer que el viejo no era más que un mitómano consumado que había pasado demasiado tiempo solo en aquella casa en medio del bosque.

— Está bien papá, como quieras – dijo con displicencia, en un intento de evitar una pelea innecesaria con el viejo.

Después de todo ellos acababan de llegar y planeaba quedarse algunos días. Lo mejor sería empezar bien su estancia en esa casa. Leonor animó a sus hijos a desempacar sus cosas y acomodarse en la habitación compartida que usaban siempre que llegaban de visita. El viejo no le dio importancia a la confrontación y fue con sus nietos para ayudarles. Leonor no pudo más que admirar la capacidad que tenía su padre para minimizar situaciones de tensión.

Aquella tarde y noche estuvieron ocupados preparando su estancia en la casa. También fueron al pueblo para hacer unas compras de víveres. De regreso jugaron monopolio y naipes, comieron perros calientes, se rieron mucho y Leonor se pudo relajar. Cuando se hizo tarde los chicos se acostaron felices y el viejo y su hija se sentaron en la pequeña sala y disfrutaron de una jarra de vino hervido y de una charla liviana al calor del fuego de la chimenea.

En mitad de la conversación, Efraín pareció recordar algo y le dijo “disculpa querida, tengo algo que hacer. Si quieres puedes acompañarme”. El viejo se levantó de su silla y fue hasta la cocina. Leonor, algo intrigada, lo siguió sin decir palabra y vio como su padre puso leche una pequeña escudilla y en un plato colocó cuatro galletas de avena sobre las que espolvoreó chocolate. Puso todo en el piso de la cocina, en la esquina más lejana.

— ¿Qué estás haciendo papá? – preguntó, incapaz de contener una risa burlesca.

— Estoy atendiendo al Señor Pedazo de Cáscara, para que cuide de los niños y de ti. Creo que estás muy triste y un poco de magia te aliviaría. No me queda mucho tiempo en este mundo, por lo que te ruego que aceptes su amistad. Él tiene la facultad de transformar las lágrimas en risas.

— ¡Por favor no digas disparates papá! Tú estás más sano que todos nosotros y no te vas a morir. Y te ruego que no intentes hacerme partícipe de tus excentricidades. Yo no soy igual a mamá...

— Desde luego que no querida.... ustedes dos no son iguales... a diferencia de ella, tú no puedes ver nada más que lo que está frente a tu nariz y te pierdes la parte más sutil y maravillosa de la vida. Pero igual te amo incondicionalmente, al igual que a mis nietos.

Leonor estaba estupefacta. Pensaba que era la más cuerda de esa familia y allí estaba el viejo, insinuando que era ella la equivocada y miope. Realmente su padre debía estar senil. Tal vez no había sido buena idea traer a los niños sin verificar el estado mental de Efraín. Por el momento le seguiría la corriente.

— Está bien papá. Supongo que sabes lo que haces.

— Así es querida, pero debes escucharme con atención. El Señor Pedazo de Cáscara ha vivido en esta casa desde siempre. Para él nosotros somos los intrusos, por lo que tenemos que ser siempre muy amigables. Te aseguro que no quieres conocer la ira de un gnomo doméstico.

— Y en el supuesto no consentido de que lo que me dices sea cierto, ¿cómo se supone que mantendré en paz a tu duendecillo?

— Solo debes darle de comer por las noches. Le gusta mucho la leche con galletas. Si no haces esto te llenará la casa con cáscaras de frutas medio masticadas. Si está contento te arreglará la casa con impecabilidad y es posible que te de algún obsequio hecho con sus manos. Y siempre cuidará de ti y de los niños. Y recuerda: nunca toques sus galletas.

— Está bien papá, haré lo que me pides. Pero ahora quisiera que regresemos a la sala y tomemos un poco más de vino.

Lo más dulce y conciliadora posible, Leonor sentó a su padre en un sillón y se dispuso a escucharlo, sin importarle el tema que escogiese. Pero Efraín quería hablar de la muerte. Apparently, el viejo estaba convencido de que su final inminente estaba cerca. Le habló acerca de las visitas que recibía del fantasma de su esposa últimamente y que le había anticipado que se reunirían pronto. Leonor trató de no darle demasiada importancia a lo que su padre afirmaba y llevó la plática por otro rumbo.

Unos minutos después Efraín anunció que se iba a la cama, que había sido un día muy largo y que estaba habituado a acostarse temprano para levantarse con las primeras luces de la mañana, tomar un paseo por el bosque y regresar para ponerse a pintar. Por su lado, Leonor le dijo que no tenía sueño y que se quedaría un rato en la sala leyendo un libro.

Toda aquella charla le había puesto muy nerviosa. Estaba convencida que su padre necesitaba terapia psiquiátrica urgente. Era muy común que los ancianos solitarios tuviesen ese tipo de fijaciones, las visiones de los seres amados e incluso amigos imaginarios con orejas puntiagudas. Al día siguiente trataría de conseguir alguna medicación para su papá en la farmacia del pueblo. Tenía su carné de psiquiatra, por lo que no habría problema. Ahora tenía que ser cauta y no alertarlo sobre sus planes. Ya encontraría la forma de convencerlo de que se medicara, por el bien de todos.

Leonor no supo en qué momento se quedó dormida en su silla. Despertó a la madrugada y vio que tenía una manta de franela sobre ella y también una diadema de flores alrededor de su cabeza. Los vasos y la vajilla que había utilizado durante la cena habían sido recogidos. Realmente su padre sabía tener detalles muy originales. Se levantó, fue hasta la cocina, bebió un poco de agua y entonces miró los platos con leche y galletas en el piso. Era lo único que estaba fuera de lugar. Los levantó y los puso sobre el mesón de la cocina.

Fue a su cuarto, se acostó y se durmió enseguida. Ya empezaba a clarear cuando despertó sobresaltada. Un pungente olor a tabaco le produjo comezón en la nariz. “Papá es incorregible, madruga a fumar y dentro de la casa. No respeta a los niños que dice querer tanto... pero hoy me va a escuchar...” pensó muy molesta, mientras se calzaba sus zapatillas y se ponía una salida de cama.

Todavía medio dormida arrastró los pies hasta el dormitorio de su padre y en la media luz que apenas entraba por las persianas vio que todavía estaba acostado. Le habló pero el viejo no se despertó. Leonor lo sacudió y lo sintió helado. Con mano temblorosa encendió la luz de la lámpara y vio que estaba lívido, con una serenidad sin par en su rostro, hundido en el sueño eterno. Aparentemente había muerto hacía unas tres horas. Ella cayó de rodillas junto al lecho de su padre y lloró en silencio por aquel hombre que nunca pudo entender ni amar como se merecía. Con el corazón encogido salió del cuarto, pensando en cómo les diría a los niños que su abuelo querido se había ido. Entonces volvió a sentir el humo de tabaco muy presente. El olor venía de la cocina. Intrigada fue hasta allí y encendió la luz.

Entonces vio sentado en el mesón al hombrecillo de apariencia estafalaria que su padre había pintado en su cuadro. Aquel ser tendría unos treinta centímetros de estatura y esta vez estaba sin el sombrero. Las grandes orejas, las cejas larguísimas y las pobladas barbas recordaban la cara de un perro Schnauzer. Lo poco que se veía del rostro a través del hirsuto pelaje estaba surcado por cientos de arrugas y sobre las pobladas barbas pelirrojas se veían migajas de galletas y unas cuantas gotas de leche. Lanzando al aire una gran voluta de humo desde su enorme pipa, miró con rostro severo a Leonor y con una vocecilla chillona y disonante le gritó enfadado:

— ¡Nunca... pero nunca... toques mis galletas...!

Licencia



Atribución—NoComercial—SinDerivadas: Esta licencia es la más restrictiva de nuestras seis licencias principales, permitiendo a otras sólo descargar sus obras y compartirlas con otras siempre y cuando den crédito, pero no pueden cambiarlas de forma alguna ni usarlas de forma comercial..

“Me agrada compartir mis historias”.



Ilustración de Carol Gabriela Cortés Osorio bajo licencia CC BY—NC 4.0 Internacional:

“Creo que permite una mayor difusión liberar el uso, pero dejar que una obra permita ingresos económicos a cualquiera podría permitir un mal uso de la imagen o que incluso el autor o autora salga perjudicado.”

Acre en las entrañas

Rafael Alejandro Pulgar Silva

Ganador del segundo lugar

Los ásperos tejidos de mi vestido rojo me recuerdan la crueldad de la última tarde que lloré por Marie. Fue el día más oscuro, un lienzo pintado con los rasgos de mi hija muerta, con la boca manchada por la espuma y el frasco de píldoras letales acurrucado entre sus dedos. La tristeza cercenadora arrasó hasta con mi última partícula de felicidad, me convirtió en una cuarentona no tan atractiva, con el cabello rubio desgredado y la piel blanquecina percutida por las arrugas.

Lydia Montreal, es mi nombre de casada, o lo era hasta que dejé a mi esposo hace un par de meses para amilantar la desdicha que me recordaban las habitaciones de la casa por las que Marie se paseaba contenta antes de marcharse. Durante los primeros meses después de su muerte, mi matrimonio se desgajó hasta terminar en un agujero profundo, un orificio del que ninguno de los dos podía salir. La partida de mi hija única significó el final de la vida dichosa que construí durante años.

Pensé que nada mejoraría hasta que conocí a Leonor, una psiquiatra pelinegra que había perdido a sus dos hijos en un brutal accidente de tránsito cuando los dos pequeños iban de excursión con su escuela. Nunca encontraron los cuerpos ni el autobús que los llevaba.

La serenidad de Leonor frente a la muerte de sus niños, me avasalló con obscenidad. No podía comprender su tranquilidad tan vivaz al hablar de sus hijos; yo ni siquiera podía pronunciar el nombre de mi hija sin desmoronarme, cada vez que su rostro asaltaba en mi cabeza, un sabor amargo me invadía desde la garganta hasta los dientes.

Cuando le pregunté sobre cómo podía seguir adelante con tanto sosiego, me habló sobre un método infalible que absorbe la tristeza desde la raíz. Habló sobre una casa rústica plantada en un lote desierto de Machachi donde los árboles y los arbustos esconden seres místicos capaces de manipular los recuerdos.

Presa por la amargura, hice mis maletas y me marché junto con Leonor, a pesar que nunca creí ni una palabra su historia. Al final, no tenía más motivos para seguir adelante y las efigies de mi hija eran cada vez más borrosas, pero si los cuentos de Leonor me ayudaban a recordar sus rizos blondos, me sentiría completa, al menos por unos minutos.

Aparqué mi monovolumen blanco, junto a una desvencijada casita asediada por la maleza. Cientos de árboles a mí alrededor bloqueaban la luz de media tarde y difuminaban las colinas del horizonte. Por un momento me sentí tranquila, percibí el aroma inconfundible de los eucaliptos que me liberó del tufo a muerte albergado en la habitación de Marie.

—Esta era la casa de mi padre. —Explicó Leonor cuando abrió la puerta de la casa.

En el interior, la decoración rústica se exaltó bajo las luces de las lámparas. El inmueble era antiguo, pero permanecía intacto como si nadie lo hubiera usado en décadas. Las paredes estaban repletas de pinturas abstractas, entre las que destacaba la de un escalofriante gnomo con las barbas pelirrojas parado en la mitad de un prado.

—Mi papá solía pintar a menudo. —Intervino Leonor mientras se acercaba—Era su mayor pasatiempo.

—Está lindo—Mentí.

Leonor me miró con lástima, sus ojos marrones me estremecieron.

—No te preocupes Lydia, el Sr. Pedazo de Cáscara es el mejor en alterar recuerdos, te ayudará a terminar con esa tristeza. Lo hizo conmigo y al fin estoy bien. Estas es tu casa, puedes dormir en la habitación que está junto al baño. —Concluyó con una sonrisa empalagosa. Asentí con la cabeza.-

Los primeros cinco días sentí la frustración en carne viva, las promesas que me hizo Leonor eran como espadas filosas que me traspasaban el pecho y se burlaban de lo vieja que me ponía cada día. Todas las mañanas al levantarme, Leonor me esperaba en el comedor con su abominable sonrisa, una taza de café y sus frases consoladoras. «No tienes que ser incrédula, Lydia» «El Sr. Pedazo de Cáscara debe conocerte un poco más»

En aquel ritmo transcurrieron un par de semanas, días que me liberaron del recuerdo de Marie, días que me hicieron pensar que unas vacaciones fuera de mi hogar, bastaban para olvidar el egoísmo de mi hija. Ella se marchó sin valorar lo que tenía, tal vez yo no tenía por qué llorar su muerte.

Cuando me acostumbré a los árboles, a la sonrisa de Leonor y a su extraño hábito de colocar galletas con leche en un rincón de la cocina, la herida que Marie dejó en mi pecho, volvió a florecer en la carne seca recordándome que ningún lugar podría reemplazarla, nada sería suficiente para quitarme ese dolor discordante del pecho.

Una de las repetitivas mañanas, decidí regresar a casa, preparé mis maletas y tomé una ducha rápida. Cuando terminé de colocarme las bragas, me percaté que un vestido verde de tafetán yacía orillado al pie de la cama, junto a él, un extraño hombrecillo, con las barbas rojizas y un jubón de terciopelo cian, me estudiaba de pies a cabeza. Su mirada desorbitada me desconcertó; -me hizo sentir invadida. Retrocedí dos pasos y cubrí mis senos un tanto caídos con la toalla.

—No tengas miedo, Lydia. Yo voy a ayudarte. —Su voz chillona me dejó paralizada.

—No me he presentado, señorita. Soy Pleysho Guntherdin o como por aquí me llaman, Sr. Pedazo de Cáscara. —Insistió caballeroso. Guardé silencio— Marie te amaba, Lydia, pero su tristeza siempre fue mayor.

Las lágrimas empaparon mis mejillas como dos diamantes ahogados en una cubeta de agua. Fue la primera vez que los recuerdos me lastimaron hasta las entrañas y fue la primera vez que las heridas comenzaban a secar. Me había resignado al hecho de que nunca conocí a mi hija y de que nunca pude saber cuándo me necesitaba.

Le conté a Pleysho hasta el último detalle de la muerte de Marie, el desencanto nos envolvió a ambos en una atmósfera turbada de melancolía, una melancolía que amainó con delicadeza los siguientes siete días en los que el hombrecito me dejaba vestidos de distintos colores al pie de la cama. Uno azul, otro amarillo, un anaranjado, otro magenta...

Hoy, la tarde está sombreada por el sol anaranjado del atardecer, Leonor rodea mi cabeza con una corona de rosas rojas, me pinta los labios con un tono cereza y me entrega un pequeño baúl de

plata que custodia un simpático vestido rojo. Cuando me lo pruebo, Leonor dice que me veo hermosa, que mi edad ha reducido al menos unos cinco años y que mis pechos se han igualado a los de una quinceañera. A pesar que el último cumplido me resulta un tanto obsceno, le doy las gracias con una sonrisa profunda que no he formado en mucho tiempo.

—El Sr. Pedazo de Cáscara quiere verte. Está en la sala—Dice Leonor con entusiasmo ferviente.

Le doy una ligera sonrisa y abandono la alcoba doble donde me he hospedado durante todo ese tiempo. Estoy intrigada por saber lo que quiere Pleysho, ha sido muy atento conmigo y yo he tratado de serlo también; he colocado numerosos tazones de leche con galletas de chocolate junto a la puerta de mi recámara, pero últimamente ya no las come, prefiere omitir mis ofrendas.

Al llegar a la sala, observo que las paredes están decoradas con ramitos de jazmines, las pinturas siniestras del padre de Leonor han sido removidas. En el piso, innumerables pétalos de rosas forman una circunferencia alrededor de una silla decorada con hiedras. Pleysho me analiza desde un rincón de la habitación, viste un jubón negro que le ciñe las extremidades y resalta sus barbas escarlatas. Con la misma caballerosidad que ha tenido desde que nos conocimos me invita a tomar asiento, me sonrojo por su tono de voz y obedezco a sus órdenes.

Apenas me siento, las hiedras que decoran la silla me atan las manos y los tobillos. Las muñecas me sangran, doy alaridos agudos, el dolor insoportable me hace maldecir.-

— ¡¿Qué haces, Pleysho?!— Reclamo estupefacta mientras los diminutos hilos de sangre se deslizan por mi vestido.

Desde las sombras que ha dejado la penumbra, Leonor aparece con un rostro oscurecido, sus ojos se ven desafiantes y sus labios tensos parecen que van a zarandearme. Ya no es la mujer tranquila que conocí, hay violencia en sus párpados, muerte en sus suspiros.

—He cumplido, Pleysho, ahora dame a mis hijos.—Expresa Leonor altanera.

El pequeño hombrecillo camina hasta la luz que reposa sobre mi cabeza, su cuerpo diminuto se asemeja al de un gato viejo. El gnomo me regresa una mirada pulverizadora, de inmediato, toma uno de los pétalos de la circunferencia y se lo entrega a Leonor.

—Tíralo al fuego y lárgate.—Susurra Pleysho.

Leonor observa al hombrecito por unos segundos y arroja el pétalo sobre las llamaradas crecientes de una chimenea que se halla a sus espaldas. Entre los tonos naranjas y verdosos del fuego, un par de siluetas humanas aparecen como hologramas que caminan sobre la alfombra hasta adquirir la forma de dos niños desnudos que se desmoronan en el piso. Leonor, sin pensarlo un segundo, carga a los dos pequeños sobre sus hombros y abandona la sala a toda carrera. Escucho la puerta principal cerrarse en la lejanía.

El hombrecito sinestro se acerca a mi boca lo suficiente como para percibir su respiración diminuta. Un aroma de pasto y flores me invade la nariz.

—Ambos vamos a ser muy felices aquí. —Pronuncia en medio del silencio.

Antes que pudiera reprocharle, siento un dolor punzante en medio del pecho. Pleysho ha incrustado una pequeña daga de plata en el espacio que entre mis senos. El dolor incesante me turba la mente con el rostro de Marie, con su sonrisa de niña buena y sus rizos rubios encendidos bajo el sol de la playa. En un instante el dolor profundo grabado con el nombre de mi hija desaparece, todos sus recuerdos son removidos de mi mente como si una llamarada incinerara hasta la última partícula de un álbum fotográfico.

Las hiedras me liberan, no puedo moverme, ni dejar de sonreír. Por más que trato de recordar a Marie, mi cerebro no logra graficar su recuerdo, tengo la certeza que se suicidó en su alcoba, pero mi corazón ya no puede sentirse herido. No soy capaz de estar triste, no soy capaz de llorar incluso cuando rebobino la imagen de su rostro sin vida una y otra vez. La imagen de Marie se ha convertido en un recuerdo efímero, en el rostro de algún extraño que he mirado en la calle.

El hombrecillo está de pie sobre mi regazo, trepa hasta mi hombro y me acicala el cabello rubio.

—Te amo, Lydia—Pronuncia sin reparos.

Deseo sentirme desdichada, daría todo por sentir el agujero que dejó mi hija en mi pecho, pero la parsimonia me ha intoxicado con un veneno tan dulce que no me permite romper mi sonrisa y que me recuerda lo bien que se sentía llorar con desespero. ¿A esto llaman felicidad?

Moriría por sentirme triste de nuevo.

Licencia



Atribución—NoComercial: Esta licencia permite a otras distribuir, remezclar, retocar, y crear a partir de su obra de forma no comercial y, a pesar de que sus nuevas obras deben siempre mencionarle y ser no comerciales, no están obligadas a licenciar sus obras derivadas bajo los mismos términos.

“Escogí este tipo de licencia porque al ser una obra derivada, veo pertinente que otros autores puedan hacer remezclas con ella al igual que yo lo hice con la original. Considero que esto puede ayudar a muchos autores a inspirarse en mi obra y a crear nuevas versiones con distintas modificaciones e incluso llegar a crear obras completamente diferente, pero que hayan sido inspiradas en algunos elementos de mi obra. Además, creo que esta licencia también es importante porque mantiene el nombre del autor original, lo que reserva los derechos de la idea bajo el reconocimiento de quién la creó, es decir, que no lo excluye del reconocimiento que merece la persona que tuvo la iniciativa sobre toda la idea. Por otra parte, estoy de acuerdo con la restricción de uso comercial de esta licencia, porque no comparto con que otros autores obtengan beneficios económicos de la idea legítima de otro autor, la misma que ha trabajado esfuerzo y creatividad. Comparto con la idea de poder realizar adaptaciones de la misma, pero no de que se obtenga beneficios económicos ya que considero que si alguien quiere obtener este tipo de beneficios, debería crear desde lo inédito, obviamente con algunas inspiraciones pero que no se use la cantidad sustancial de la obra con fines lucrativos”.

Galletas

Mónica Pamela Pintos Gordillo

Hace no mucho tiempo una mujer llamada Leonor, pasaba las vacaciones en una rustica casa en medio del bosque, con su hija mayor de nueve años, Elisa y su hijo de siete años, Benjamín, aquella casa era de su padre Efraín y los dos niños eran igual de soñadores que su abuelo, juntos se la pasaban contándose cuentos eh historias fantásticas entre sí, lo cual estaría bien de no ser porque Leonor siempre había pensado que esas fantasías siempre habían significado algo más que solo historias para su padre por lo que siempre que podía agregaba comentarios del tipo: "eso no pasaría en la Realidad" o "¿se imaginan una peli con ese tema?", así le parecía que mantenía a sus hijos a salvo de la decepción de creer todo lo que les decía su querido abuelito para luego descubrir que la vida real no es mágica, los días pasaron entre risas y buenos momentos y finalmente la noche antes de partir de regreso a casa todos compartían una última merienda juntos, Leonor había preparado su famoso postre de fresas así que, cuando terminaron todos de comer el platillo principal, se levantó para sacar el dulce de la nevera, lo sirvió en pequeños platitos pero cuando regresó a la mesa para servirlos, extrañamente, todos estaban callados.

—Oh, ¿pasó algo? — pregunto enarcando una ceja.

—No, nada — respondieron los tres al unísono.

Comieron el postre en un incómodo silencio y finalmente los niños exhaustos y con la pancita feliz se fueron a la cama. Leonor retuvo a su padre para preguntarle la verdadera razón de lo ocurrido, él, resignado, le dijo que les había contado una última historia a sus nietos, una acerca de esa misma casa. Les había dicho que desde hace unos años cada trece días un pequeño duende lo visitaba y que en esta ocasión la fecha era favorable y podrían esperarlo juntos esa noche.

Leonor consternada no podía creer que su padre finalmente hubiese perdido la cabeza, pensó en lo negligente que había sido como madre al dejar que sus hijos estuviesen cerca de su abuelo sin comprobar antes su estabilidad mental.

—Papá — dijo ella suplicante, por favor dime que sabes que eso no es cierto, que todo son historias sin ninguna conexión con la realidad.

La mirada de Efraín se entristecía más y más con cada palabra escuchada.

—Papá, dime que no fue más que una cruel broma...

—No hijita no puedo decirte eso, perdóname — dijo el viejo recargándose en la pared con cansancio.

—Sé que nunca creíste en mis historias, desde pequeñita siempre fuiste muy lógica en tu forma de pensar y por eso les pedí a los niños que no te dijeran nada en la merienda, pero de verdad que no miento y esto es importante para mí, ¿no puedes concederme una oportunidad para mostrarles que en esta vida puede haber magia?

Pero Leonor ya no lo escuchaba, en su mente ya se formaban mil y un maneras en las que podría decirles a sus hijos que ya no visitarían más a su abuelo sin lastimarlos demasiado. Su padre al contemplar el semblante severo de su niña comprendió que sería la última vez que vería a sus nietos, limpiando sus ojos para impedir que cayeran las lágrimas tranquilizó momentáneamente a su hija asegurándole que no despertaría a los niños para ver al duende y antes de retirarse puso un plato con galletas en el suelo de la cocina, sonrió tristemente a su hija y se despidió con un leve: "hasta mañana princesita", antes de irse lentamente a su habitación.

Leonor se quedó sola en la cocina, preocupada, su mirada no se apartaba de aquel plato con galletas que eran obviamente para el dichoso... duende..., aquel plato que se encontraba ahí como un monumento a la demencia de su padre, la ira la invadió, tomó el plato y lo arrojó a la basura.

Aquella noche le fue imposible conciliar el sueño, los recuerdos de su infancia con su dulce madre y su alegre padre inundaban su mente y siempre terminaban con la cara actual de su envejecido papá con aquella mirada tan triste que le rompía el corazón, se levantó sigilosamente para no despertar a los niños y se dirigió de puntillas al cuarto de Efraín.

El viento aullaba, las copas de los árboles se sacudida en un tétrico concierto nocturno iluminado por una sonrisa de luna que se filtraba por las ventanas del pasillo, Leonor nunca en su vida se había asustado por cosas "sobrenaturales" y eso incluía ambientes siniestros como ese, sin embargo, algo no estaba bien, a medida que avanzaba podía sentir como se le ponía la piel de gallina, es el frío, clamaba su mente, tap, tap, tap, sentía cada paso resonar en sus tímpanos con una fuerza extraña al tiempo que todos los demás sonidos parecían apagarse en la distancia, tap, tap, ¡TAP!, se detiene frente a la puerta de madera, todo sonido se ha apagado completamente, extiende la mano y abre la puerta muy lentamente, criiiiick, el chirrido de los goznes le pone los pelos de punta, siente el corazón en la garganta, quiere llamar a su padre pero la voz no le sale, las tinieblas lo engullen todo dentro de la habitación y la tensión latente la hace estremecer, una gota de sudor frío resbala por su cara mientras busca a tientas el interruptor de luz, ¡click!, la bombilla se enciende como un potente solecillo y todos los sonidos cobran vida otra vez, Leonor respira agitadamente con cierto alivio, ¿papá?, susurra acercándose a la cama, toca su hombro volteándolo, su padre no reacciona, esta frío, no respira, ¿está?..., Leonor siente como se le forma un nudo en el estómago, ¿está?..., las lágrimas recorren sus mejillas, es incapaz de completar la frase, ahoga sus sollozos con una mano y se derrumba sobre sus rodillas en el frío suelo, llora hasta quedarse dormida junto a su padre.

Un par de horas después despierta y nota que tiene una manta alrededor de los hombros y con repentino terror piensa que alguno de sus hijos pudo haber entrado en la habitación y pudo haber visto a su abuelo muert...,sus pensamientos se cortan al fijar la vista en la cama, una flor silvestre que aún conserva algo de tierra reposa sobre la mano de su padre y un poco más abajo, en el edredón, hay una galleta..., se le hiela la sangre, corre hacia la cocina, encendiendo todas las luces a su paso, las galletas del basurero han desaparecido y el plato reposa en el suelo.

Licencia



Atribución: Esta licencia permite a otras distribuir, remezclar, retocar, y crear a partir de su obra, incluso con fines comerciales, siempre y cuando den crédito por la creación original. Esta es la más flexible de las licencias ofrecidas.

“Pues en este caso me parece correcto el utilizar el tipo de licencia CC BY ya que he usado como base la historia de alguien más, no me parecería justo usar el tipo de licencia que no permita modificar la historia cuando el creador original no lo usó. Creo en general que el tipo de licencia CC BY en historias sencillas y cortas permitiría a autores principiantes y/o público en general a animarse a crear sus propias versiones con fines de entrenamiento, diversión, como es mi caso, o, ¿por qué no?, lanzar su propio libro de cuentos y a la larga poder llegar a afilar su talento en la escritura ya que

es complicado crear un relato decente desde cero. Vale recalcar que gracias a que eh visto publicado este concurso, por azares del destino, eh podido enterarme de las diferentes licencias que puedo usar en caso de continuar con la escritura. La licencia que definitivamente no utilizaría es la CC BY NC ND por el simple hecho de que no siento que esta historia me pertenezca completamente y me parece que con un tipo de licencia menos cebero se puede alcanzar a un mayor número de lectores. Tal vez un plan para aprovechar ambos extremos sería usar la licencia de Dominio Público o la CC BY para difundir mi historia al mayor número de personas posibles con el fin de dar a conocer mi estilo y ganar algunos seguidores y posteriormente publicar historias más complejas y extensas con un tipo de licencia CC BY NC ND sin dejar de publicar las historias libres más cortas. Porque sinceramente la obra para su autor es como un hijo y es imposible al menos en mi caso no sentir cierto celo por las creaciones que nos han llevado mucho, mucho tiempo y esfuerzo como para simplemente dejarlos libres al público. Ojalá sigan haciendo este tipo de concursos, y ojalá los publiciten más ya que, como ya eh dicho, fue por azar del destino que encontré el link a este concurso. Me parece que con la adecuada promoción pueden llegar incluso a personas no entendidas en el mundo de las licencias o de la escritura en general, lo se porque yo soy una".

¿Qué hago todos los días?

Richard Marcelo Jiménez Almeida

Por ahí leí, no recuerdo cuándo ni dónde, que la esencia del ser humano es su propio trabajo. Cada uno tiene y ejerce un oficio en particular, gústele o no, pero cada uno tiene que hacer lo que le toca hacer; sencillo ¿verdad? A pesar de ello no considero que este asunto entreverado sea una condena, menos aún si uno ha tenido la oportunidad de escoger oficio y de hacer algunas cosas interesantes en el mismo. Cuando empecé con este trabajillo, hace ya bastante tiempo, decidí darle mi propia impronta y no seguir con la misma estética ni con el mismo *modus operandi* de mis antecesores, muy facilón y previsible según mis gustos, se me ocurrió ser de aquellos que causan una impresión favorable desde el primer encuentro, es decir, generar confianza en la otra persona y casi que volverme un amigo. Vale aclarar que los que nos dedicamos a esta actividad tan particular tenemos vía libre para ejercer nuestra jornada como nos plazca con tal de completar con la cuota diaria prevista y agendada; misma que no debe ser ni más ni menos, ni debe retrasarse ni postergarse si ya ha sido determinada por los jefes, ellos nos exigen semejante cumplimiento so pena de ser sancionados con dureza y radicalidad a más del cruel despido. También se nos asigna un territorio al azar pero luego de un tiempo nos rotan a otro lado. ¡Ah!, se me olvidaba, se nos prohíbe revelar este tipo de secretos inherentes a nuestra organización pero yo soy un boquifloja y sabrán perdonar, además sé que ustedes tendrán la decencia de guardar un secreto.

Al grano, si ya di rienda suelta a mi lengua, a contar lo que debí empezar a contar en lugar de este parlamento introductorio. Leonor me cayó mal desde el principio, ni bien terminé con una de las tareas de mi trabajo, que consistió en un sondeo para averiguar lo esencial sobre ella, se me revolvieron las tripas y me dieron náuseas al conocerla pero debí hacerlo porque ella y sus hijos resultaron ser las piezas perfectas del escenario que quería montar para lo que ya había sido previsto y se venía. Una de sus visitas iba a coincidir con aquello. ¡Vaya con mi suerte! Pero no sé, nunca me cayó bien esa señora fofa. Leonor y sus cositas de creerse superior al resto; qué carácter para huaso. Ojalá algún día caiga en cuenta que todos, óiganme bien ¡todos! así sean linyeras o

ricos, grandes o pequeños, grotescos o guapuras, del primer mundo o del tercero, psicólogos o jubilados, nadie se salva de la muerte. Perdón pero: ja, ja, ja, ja, ja.

A Efraín sí lo llegué a estimar y a querer, incluso más que a su esposa, tal vez sea porque fue decisión de mis superiores pasar más tiempo con él en la finca e, inclusive, conversar largo y tendido y que me vincule con su rutina cada vez más achacosa. Mejor para mí, a veces me gana eso de ser amiguero con las buenas personas, pero no con gentuzas como Leonor. Tanto ante Efraín, aquel viejito bobo que creía que mi disfraz era real, como ante su esposa y Leonor me presenté como un gnomo; sí, un gnomo, Aquellos seres de los cuentos infantiles, Efraín me bautizó como Señor Pedazo de Cáscara, ¡vaya con el divino viejo! Quise presentarme así para ir más acorde con su forma de ser y de ver la vida; ¿no les dije que me gusta causar una buena impresión desde el principio? Otra vez esta lengua viperina, a propósito, en una ocasión me disfracé de sonidista de un concierto de rock en Venezuela en el que se presentó un famoso músico latinoamericano, luego fui la enfermera que lo arropó antes de que fallezca. He visitado tantos lugares y me he disfrazado de tantos personajes para cumplir con mi trabajo: me vestí de discípulo y recogí con un pañuelo de seda la sangre que brotó de aquel escritor japonés y fascista que se practicó seppuku; me disfracé de arlequín para acompañar a unos infantes en una cámara de gas en Treblinka; fui el chofer del taxi que llevó a ese escritor chileno de pelos chinos al que nunca le consiguieron un hígado; me vestí con toga para reírme del mismo chiste que segó la vida de ese curioso filósofo griego que lo contó; encarné al casero del hermano de ese ajedrecista noruego que no sabía perder y tenía que morir de un infarto al miocardio; pinté mi piel de negro para cerrar los ojos de aquel músico y pintor con nombre de distrito de las Bahamas, Exuma creo que era; y así se me viene la rutina.

¿Y ahora? Me disfracé del tal Señor Pedazo de Cáscara. Válgame, a pesar de mis mórbidos deseos, aún no debo ser la última compañía de Leonor; la que me revuelve las tripas, aún no está planificado ese asunto. En dos años deberé esperar a que regrese al Ecuador con sus dos hijos porque, según me soplaron, ya me corresponde cargarme a un niño menor de doce. En fin, cumplir con lo que se me ordena pero sin ser tan terrible y disfrazarme de gnomo o cualquier otro bicho si me place. Qué más da, mi trabajo y lo que hago a diario es así, igual de absurdo y común como lo que hace el resto.

Licencia



Atribución—CompartirIgual: Esta licencia permite a otras remezclar, retocar, y crear a partir de su obra, incluso con fines comerciales, siempre y cuando den crédito y licencien sus nuevas creaciones bajo los mismos términos. Esta licencia suele ser comparada con las licencias «copyleft» de software

libre y de código abierto. Todas las nuevas obras basadas en la suya portarán la misma licencia, así que cualesquiera obras derivadas permitirán también uso comercial. Esta es la licencia que usa Wikipedia, y se recomienda para materiales que se beneficiarían de incorporar contenido de Wikipedia y proyectos con licencias similares.

“Estoy de acuerdo con todas las licencias que permitan y en las que se pueda compartir, siempre y cuando se cite al autor original y, en general, no sean con fines de lucro. Estamos para echarnos la mano: crear, re—crear, crecer, aprender junto con el resto. La sabiduría y creatividad es para compartir, sabiendo los orígenes y difundiendo a la mayor cantidad de personas interesadas. Por esto y mucho más escogí CC—BY—SA. Que el compartir sea de ida y vuelta, no solo de ida, y que no prime el mero interés económico sino el vincularse con otros creadores y llegar a más cabezas curiosas”.

Nunca toques las galletas, ni en tus sueños (bueno sí)

Fernando Ramírez Gutiérrez

Anteriormente:

- Abran sus ojos mis pequeños holgazanes, ¡ya llegamos!
- Tú te preocupas demasiado hija mía
- ¿Qué estás pintando abue?
- Es un tipo de duende. Un ser elemental que vive en algunos lugares de la naturaleza o dentro de una casa tranquila.
- Yo le llamo Señor Pedazo de Cáscara.
- ¡Ya basta papá! Los niños no necesitan tener en sus mentes tus fantasías
- Solo debes darle de comer por las noches. Le gusta mucho la leche con galletas. Si no haces esto te llenará la casa con cáscaras de frutas medio masticadas.
- ¡Nunca... pero nunca... toques mis galletas...!

Y ahora:

- ¡Nunca... pero nunca... toques mis galletas...!
- ¡Nunca... pero nunca... toques mis galletas...!
- ¡Nunca... pero nunca... toques mis galletas...!

Su estado era soñoliento, le daba vueltas la cabeza y hasta le dolía. A Leonor sí que no le había ido bien con el desmayo y golpe sobre el tanque de gas que se había dado, repitió tres veces — ¡Nunca... pero nunca... toques mis galletas...! — de hecho, con esta que acabas de leer era una cuarta, era lo único que se le ocurría decir mientras hacía memoria de lo que había pasado, procuraba ponerse de pie.

Mientras abría los ojos, tratando de que se le aclare la vista, veía a los lejos una silueta regordeta y pequeña cuando se le aclaró por completo se dio cuenta que solo eran dos ollas puestas en el piso,

una sobre otra... no se percató de que ni el plato con galletas ni la escudilla con leche del episodio anterior ya no estaban en el piso. Sus conclusiones era que el vino le había pasado una mala jugada.

Sentada ya en el piso y con un poco más de conciencia e ignorando completamente el escenario anterior y la cuasi terminada madrugada gritó para llamarle la atención a su padre, ya que el olor a tabaco aún se percibía por el sitio.

— Ese vino tenía algo papá. Por cierto ¡ya deja de fumar! ¿Me estás oyendo papá?

En la segunda vez que pronunció “papá” recordó que lo había visto frío en su cama, que había dejado de existir. Como un gato saltó del piso para ir corriendo a la pieza, al darse la vuelta vio sobre el lavadero al pequeño ser de treinta centímetros secando el plato y la escudilla y fumando pipa.

— Buenas noches, le dijo el liliputiense.

La impresión de Leonor fue tanto que por casi se vuelve a desmayar, digo ‘por casi’ porque si no fuera por el polvo azul que el Señor Pedazo de Cáscara le lanzó y la hizo flotar, Leonor no la contaba.

Aturdida, molesta, confundida y asustada; Leonor solo decía: — Sea lo que seas ¡bájame ahora!

— ¿Estás segura?, preguntó el gnomo.

— Qué me bajes. Sin duda Leonor ya estaba en el punto más alto del enojo.

— Bueno, bajo tu propio riesgo. Y el pequeño ser sonrió porque evidentemente sabía lo que pasaría, aplaudió dos veces para desaparecer el polvo azul y ella cayó al piso.

Leonor se levantó y agarró de una de sus grandes orejas al Señor Pedazo de Cáscara y corrió donde su padre.

— Papá, te creo... es cierto, el enano existe... perdóname por dudar.

— Temo que ya no está con nosotros. Por cierto, no soy un enano, no nos compares con ellos, son unos presumidos. ¿Me puedes soltar la orejita que a nosotros también nos duele? El pequeño

inquilino había conocido a Leonor de una manera poco usual para conocer a las personas. — Tus padres me habían hablado de tu genio, pero no pensaba que lo decían en serio, le dijo.

Leonor soltó al Señor Cabeza de Cáscara y este cayó al piso, de alguna forma ella se desquitó por la anterior caída y por el primer cabezazo contra el tanque de gas. En todo caso, ella no se habría fijado en esto; estaba triste y muy callada por la partida de su amado e incomprendido padre.

— Oh, aquí ha estado. El pequeño personaje halló su sombrero de fieltro bajo la cama de Efraín.

— Por qué se fue, me hará mucha falta y ahora qué le digo a los niños. Leonor trataba de ser fuerte, pero el normal sentimiento de tristeza tomó partido.

En son ya de amigos, el gnomo se dirigió a Leonor, con tono amable y hasta reconfortante le dijo:

— Él está bien, sin temor a equivocarme ya está feliz, junto a tu madre. Me dijo que estaría bien y hasta donde sé Efra promete lo que cumple.

— Cumple lo que promete, señaló Leonor para corregirlo.

— No, cumple lo que promete... Efraín cumplió con presentarme a su hermosa y disparatada familia con la promesa de que, si eso lo hace antes de morir, moriría con una sonrisa en su rostro y con una tranquilidad que contagia. Míralo, acaso no pensabas que estaba dormido cuando lo viste.

— Bueno, en eso tienes razón.

Leonor y el gnomo ya se llevaban bien, no había forma en que ambos se pongan a discutir ante una circunstancia como esta. Una de las infidencias que el Señor Pedazo de Cáscara le contó fue sobre los últimos minutos de su padre:

— Como todas las noches lo vine a saludar, pero esta noche él estaba muy cansado y hablaba muy pausado. Hace mucho tiempo me dijo que al parecer la diabetes quería cobrar pronto su deuda con él y que no le daría plazos.

Era evidente que para Leonor fue un baldazo de agua fría la noticia de que hace mucho padre estaba enfermo y más doloroso enterarse de esa forma y no poder hacer ya nada. Por su parte, el Señor Pedazo de Cáscara siguió contándole una parte de las últimas conversaciones con su padre:

— Yo le dije a Efraín que desafortunadamente ni los gnomos ni ningún ser mágico puede incidir en el ciclo de la vida por injusto que nos parezca, pero que podemos hacer unas cuantas cosas

llamadas DEL EQUILIBRO, que es como hacerle trampita a la vida y que si eres joven tienes opción a pedir una cosa DEL EQUILIBRIO, que si eres viejo puedes pedir dos y si eres niño no puedes pedir ninguna porque los niños solo necesitan de su inocencia para equilibrar las cosas. De ahí que tu padre me pidió dos cosas: la primera, hacer más llevadera la muerte de su esposa y la segunda, tener las energías suficientes para verlos, el mayor tiempo posible el día que ustedes le visiten y si es de morir, morir antes de que ustedes se vayan.

— Pero ¿Cómo él sabía que nosotros veníamos y por qué no estuvo más tiempo con nosotros? Preguntó Leonor, mientras que con sus pulgares limpiaba las lágrimas de sus ojos.

Con una sonrisa más que amistosa el gnomo le dijo: — Fue gracias a tu mamá, como siempre tan precavida y divertida. Ella nunca me pidió sus dos cosas sino hasta antes de morir, creo que pensó muy sabiamente lo que iba a pedir, porque en los miles de años de vida que tengo nadie me pidió cosas tan simples, pero a la vez grandiosas.

— ¿Qué te pidió? Le preguntó Leonor.

— Me pidió que tu padre pueda presentir hacia ustedes, de ahí que él sabía como por arte de magia cuando ustedes venían a visitarle y el segundo fue que sus seres amados puedan soñar para bien y bueno, eso es lo que está pasando ahora: Benjamín y Elisa duermen y sueñan con su mundo maravilloso con su familia, el sueño es tan poderoso que ni siquiera se levantaron con tus gritos de gato al que le aplastaron la cola de allá la cocina, tu padre duerme profundamente y sueña en la eternidad junto a tu madre. Y bueno tú... aún no me has pedido aquella cosa que desearías obtener por haberme visto. Porque ya lo dice el libro de los gnomos escrito en gnomótico: *“Aquellos humanos que hayan visto un gnomo podrán pedir una o dos cosas dependiendo de su edad y el gnomo les explicará qué pueden y qué no pueden pedir y cuando ya todos hayan pedido lo suyo y todos sean felices el gnomo se irá y mientras más felices sean, menos se acordarán del gnomo”*.

— Como te decía, vine a saludar esta noche a tu padre, antes de partir me dijo que me había dejado las galletas con leche de siempre en el lugar de siempre y que me regalaba su pipa con tabaco, quería despedirse de ustedes pero que se sentiría mal si ustedes lo veían partir, cuando murió me saqué el sombrero en señal de respeto y lo olvidé debajo de la cama, me fui a la cocina a quererme reanimar con la leche y galletas que me dejó y a fumar un poco, pero nada me animaba,

si me viste con cara de bravo, es la cara que ponemos cuando estamos tristes, los gnomos somos medios diferentes de los humanos y de los presumidos de los enanos. Lo mismo pasa con nuestra voz, para los humanos puede parecer enojo, pero para nosotros es tristeza, cosas de gnomos. Bueno me tengo que ir.

El Señor Pedazo de Cáscara, cabizbajo por lo sucedido abandonaba la pieza, casi al salir de la puerta, Leonor le habló:

— Valentía, esa es la cosa que quiero.

— Pero si ya la tienes —le dijo el gnomo— podrás afrontar esto, con mucha valentía.

— No esa valentía, sino una valentía por la que pueda decidir por el bien de mi familia, asintió Leonor.

— Concedido, le dijo el Señor Pedazo de Cáscara.

Leonor se esperaba que ese “concedido” iba a ser con polvos mágicos o un hechizo pero no, el gnomo fue parco y se fue, cruzó la puerta. A los pocos segundos se regresó y gritó:

— Por cierto Leonor: Pasajeros que vienen de California, Estados Unidos, estamos por aterrizar a Quito, Ecuador. Por favor, abroche su cinturón y enderezca el asiento...

— Señor Pedazo de Cáscara, gritó Leonor dentro del avión, la azafata se acercó a preguntarle si sentía bien y Leonor, comprendiendo todo lo que había pasado reía con mucha alegría y esperanza, le dijo que es una tradición de su familia gritar eso cuando un avión aterriza, Benjamín y Elisa apenas y se estaban levantando del largo viaje.

Aquella cosa que había pedido la mamá de Leonor se había cumplido. Su padre soñó con que estaría más cerca de su única familia, los niños soñaron que tendrían muchas aventuras con su abuelo y Leonor soñó el episodio de las galletas.

Leonor, ~~con el ceño fruncido~~, conducía su automóvil por la carretera. Se dirigía a la casa de su padre, en una remota localidad en las montañas, y su destino final ~~no~~ le entusiasmaba en lo absoluto.

Cuando llegó a casa de su padre corrió rápidamente hacia él que hasta olvidó levantar a los niños, lo abrazó tan fuerte que hasta él se sorprendió de su diferente actitud, en ese abrazo vio a lo lejos a un Señor Pedazo de Cáscara al que le guiñó el ojo y le gritó:

— Valentía, quiero valentía.

— Pero hija, si tu eres valiente le decía confundido el papá. Pensando que Leonor se dirigía a él.

Pero esa valentía es la que le hizo decidir por el bien de su familia.

Ya en el juego de cartas y monopolio, Leonor le dijo a su padre y a sus hijos que esta visita iba a ser muy larga porque, si él estaba de acuerdo, ella y los pequeños se quedarían a vivir con el abuelo en Ecuador y por su puesto que estuvo de acuerdo y por su puesto que todos estuvieron muy felices. Leonor hizo todas las gestiones y de Estados Unidos volvió a Ecuador, como fue una estancia muy larga y prácticamente nunca se fueron, Efraín tuvo muchas más energías, las suficientes para lograr hacerse los tratamientos médicos para luchar contra su enfermedad.

Aquella cosa que pidió una madre: que sus seres amados sueñen para bien tuvo una enorme repercusión. Efraín, Leonor y los pequeños Benjamín y Elisa fueron muy felices, me conocieron, vivimos muchas aventuras y siguieron siendo felices... y me olvidaron y me tuve que ir porque mi tarea estaba más que cumplida.

Y aquí estoy, escribiendo mis memorias.

f) Pleysho Guntherdin (para mis amigos El Señor Pedazo de Cáscara)

Posdata: Los gnomos ya nos llevamos con los enanos, de hecho un enano es editor de estas memorias, es medio presumido, pero es buen editor.

(Esta vez sí es el)

Licencia



Atribución—NoComercial: Esta licencia permite a otras distribuir, remezclar, retocar, y crear a partir de su obra de forma no comercial y, a pesar de que sus nuevas obras deben siempre mencionarle y ser no comerciales, no están obligadas a licenciar sus obras derivadas bajo los mismos términos.

“Creo que es importante que en una primera instancia se ayude a difundir las creaciones de los autores nuevos de

manera ecuánime, sin que a futuro terceros de una manera malintencionada traten de obtener rédito de alguna parte, salvo se llegue a un consenso con el autor”.

Las cartas perdidas

Andrea Carolina Romero Álvarez

Jamás lo creí ni me lo tomé con calma, tomé a mis hijos y salí de esa casa, la tristeza hacia que no pueda pensar en nada más, no hubo funeral, nos mudamos temporalmente con una amiga en Quito, quería finalizar las vacaciones lejos de esa casa que ahora me traía mucha nostalgia.

Tras algunas semanas mis hijos estaban menos tristes, y yo también, me pidieron ir por última vez a la casa del abuelo, pensé que sería mala idea, después de todo aún seguía sin saber si los últimos acontecimientos eran verdad.

Tenía miedo, nostalgia, alegría, tristeza, curiosidad, incertidumbre, todo junto y revuelto.

En el viaje no se dijo mucho, sentí que mis hijos tenían un montón de preguntas que no se animaban a hacer y quizá yo tampoco a responder.

Al llegar a la casa sentí mariposas en el estómago, estaba algo lluviosos así que entramos rápidamente.

Entre los tres hubo mucho silencio, era una manera bizarra de honrar su memoria, o de evitar las preguntas o de mitigar el dolor.

Unos pasos más allá y descubrimos una cocina llena de restos de frutas a medio comer, (tal como decía mi padre) me negaba a pensar que era el Señor Pedazo de Cáscara.

A la cocina entre solo con Benjamín, Eli prefirió dar una vuelta por la casa... Empecé a recoger todo sin decir una palabra cuando mi hijo me dijo, algo molesto:

Es por sus galletas, está molesto por sus galletas.

No quise contestar, me negaba a la fantasía, le acaricié la cabeza, iba a inventarle algo lógico, pero interrumpió mi hija, traía algo a escondidas.

Mamá, Benjamín y yo juntamos nuestros ahorros y compramos esto para el Sr. Pedazo de cáscara y encontré esto para ti.

Mis ojos enseguida se llenaron de lágrimas y los de mis hijos igual, no había que decir mucho, mis hijos habían comprado una caja entera de galletas, y habían encontrado una caja con mi nombre,

tenía un candado, hubiera sido fácil de abrir, con una llave que me dio mi padre alguna vez, cuando era más chica y si creía en la magia, pero no la tenía conmigo así que me lleve la caja al patio yforcé la cerradura, dentro había una vieja libreta, una nota para mí y cuatro cartas.

La libreta era de mi madre, (nunca la había visto antes, pero estaba grabada con su nombre) estaba vacía, a excepción de la primera hoja que decía:

“Para mi gran amor, escribe en secreto aquello que odies, déjalo en el velador, cuando no estés la leeré y en secreto intentaré cambiarlo.”

Siempre tuyo: Efraín

Toda la libreta estaba vacía quizá no porque tuvieron un matrimonio o una vida perfecta, sino porque se amaron mucho a pesar de todo, la hojee para ver si no se me pasaba nada y de ella cayó un papel, los resultados de los análisis de mi madre, eso fue lo único que mi madre hubiera deseado cambiar y ninguno pudo.

Guarde la libreta conmigo y proseguí con las cartas.

Leonor

Querida hija, si estás leyendo esto seguramente estoy más allá del mundo de la tierra, no te quedes triste mucho tiempo, entiende que a veces amar no significa entender, tú y yo nunca nos entendimos, pero vaya que nos amamos quería mía... I

Te amo más allá de las palabras y más allá de la vida.

Aquí adjunto varias cartas que espero las hagas llegar en su momento a sus destinatarios.

Atentamente: Tu padre Efraín

* * *

Elisa y Benjamín

Queridos nietos, no había magia que me dé más tiempo, la busqué con mucho fervor, me habría gustado presentarles al Sr. Pedazo de Cáscara y a sus amigos pero me quedé sin tiempo; ahora que no estoy cuiden a su madre, no dejen que su dureza los engañe ella es como un atardecer en Machachi, imponente pero lleno de magia.

Les mentí en una cosa pequeñita, no fue magia lo que me ayudó a olvidar a su madre, fui yo mismo que la viví lo suficiente para dejarla partir feliz, guarden magia en sus propios corazones y no necesitarán de ningún hechizo.

Posdata: No sé cómo funcione esto de ser fantasma pero haré lo fantasmalmente posible por visitarlos a ustedes y a su madre.

Posdata 2: Cuídense ente ustedes de la vida, de la realidad, de crecer.

Posdata 3: Recuerdenme con alegría, no se permitan llorar.

Los ama... Su abuelo.

Señor Pedazo de Cáscara.

Pleysho Guntherdin

¿Recuerdas la primera vez que te vi?, tenías sucias las manos porque escondí la fruta, perdóname, la escondí porque era la fruta favorita de mi hija, ese mes pensé que nos visitaría, la guardé para ella... no vino... pero ahora agradezco que tú la descubrieras, te la comieras y hagas el desastre, no te habría conocido... y no sabes lo bonito que ha sido conocerte...

Posdata: Cuida a mi hija y a mis nietos, mi hija es algo terca, pero es buena persona y mis nietos son aún criaturas de luz que creen en la magia, te llevarás genial con ellos.

Siempre desobediente las leí todas, había llorado lo suficiente, me guardé la libreta para escribir todo aquello que odio de mi misma y en secreto intentar cambiarlo, coloqué las galletas en la cocina como hacía mi padre, junto a ellas un gran garrafón de leche y la carta para el Señor Pedazo de Cáscara.

Me fui, con la intención de volver y una gran sonrisa.

Esa noche en la libreta escribí: "No creer en fantasías, tocar las galletas".

Licencia



Atribución: Esta licencia permite a otras distribuir, remezclar, retocar, y crear a partir de su obra, incluso con fines comerciales, siempre y cuando den crédito por la creación original. Esta es la más flexible de las licencias ofrecidas.

"Para facilitar el acceso y la libre distribución".

El reencuentro

Ramiro Patricio Torres Jaramillo

LEONOR, no supo en qué momento se quedó dormida y en medio de la luz tenue de las farolas se notaba movimientos de la nariz, al percibir el olor a tabaco que la llevo asear un profundo sueño; confundido con imágenes y olores que se mezclaban con la suave fragancia a campo frío del lugar.

Su mente, se enredó en colores y perfumes, de pronto se sintió en medio de la nada; Para traspasar a una campiña que le recordaba su niñez. Cuando vio, alado suyo a sus hijos, sus queridos hijos que corrieron a una velocidad de un venado para dirigirse hasta el estanque más cercano que era una laguna en donde el abuelo criaba peces, enseguida se pararon en el filo encima de unas piedras acomodadas para estar cerca del agua; ella, se acercó en una forma tímida y vio algo que era extraño, era el sol naciente de la mañana con ligeras ululaciones producto de la caída de una piedra lanzada por su querido hijo; se limpió la cara y volvía a mirar el estanque, para ver si no estaba dormida y cuando vio la realidad; Su rostro era de niña, al igual que las caras de sus hijos e incluso aparentaba menor edad que de aquellas criaturas que le acompañaban.

La mente joven e inocente de aquel instante no alcanzaba a comprender que estaba sucediendo. Los niños volvieron a tirar piedras y corrieron hacia una casa destartada parecida a la de su padre; pero esta vez era distinta estaba completamente abandonada, cuando entraron escucharon las voces de dos niños más tiernos que Leonor. Los que se peleaban por un muñeco con sombrero y orejas grandes; discutían en voz alta: diciendo que era la hora de pasear en la campiña con su amigo. Leonor llegó un poco cansada y con su corazón, dando golpes secos por la confusión producida de aquello que veía y no alcanzaba a comprender lo que vio en el estanque, en las olas producidas por la piedra que fue lanzada; le atormentaba aquella visión de la figura del retrato pintado de aquel personaje hecho por su padre, junto con sus historias contadas mientras fumaba en su pipa. Su mente de niña prematura y de adulta a la vez no entendía aquello.

Se sorprendió tanto cuando ella abrió lentamente la puerta, al ver dos niños más dentro de aquella habitación, qué se peleaban por aquel juguete. Todo se volvió confuso. Aquellos pequeños eran el vivo retrato de sus padres. Miro los muebles le eran conocidos. Los niños notaron la presencia de seres extraños. Enseguida escondieron a su amiguito quien con rechinar de dientes disimulaba el nerviosismo que sentía, mientras cruzaba unas miradas con la recién llegada visitante. Un búho que vivía en el árbol de naranja en la parte de afuera, comenzó a mover su cuello y a realizar señales con sus orejas parecidas a su pequeño amiguito el que le correspondía de la parte interior de la habitación, desde el lugar de su escondite, en el mesón. Era un lenguaje de señas que solo ellos lo entendían. De aquella sonrisa infantil pudo ver solo sus encías y unos dientes cariados de leche que contrastaban con sus caritas sucias, la expresión hizo avergonzar a los más pequeños. Leonor sintió la felicidad más grande del mundo. Todos se miraron las caras y sintieron lo mismo, pero en el mesón estaban unas galletas en una bandeja, mientras la casa estaba llena de cascara de naranjas acumuladas ordenadamente en el cuarto como si fueran almacenadas por fecha de recolección. El aroma hizo venir enseguida a la mente de Leonor la fragancia de los campos de California. Pasaron mil de reflexiones por su cabeza, entre ellos los recuerdos de su querida madre. Rápido aligeró sus pensamientos para llegar a una síntesis tan resumida que se transformó en una expresión de un grito **“Dios mío; siempre estuvieron conmigo, gracias Señor.** Expresión que lleno de silencio aquel cuarto, ocupado de los muebles de su infancia; igual como era su dormitorio en su niñez. Al ver la sonrisa de la niña que era bien parecida a su madre mientras caminaba con pasos rápidos hacia ella, la que se acercó para darle un abrazo grande, con brazos alargados por la fantasía, y escuchar de sus labios, en sus oídos: **¡El Acaba de llegar!** La expresión llegó tan dentro de Leonor que por instinto respondió **¡No toques mis galletas!** Mientras el sol, hizo brillar su primer rayo de luz en su rostro, cuando entraba por la ventana.

Licencia



Atribución—CompartirIgual: Esta licencia permite a otras remezclar, retocar, y crear a partir de su obra, incluso con fines comerciales, siempre y cuando den crédito y licencien sus nuevas creaciones bajo los mismos términos. Esta licencia suele ser comparada con las licencias «copyleft» de software libre y de código abierto. Todas las nuevas obras basadas en la suya portarán la misma licencia, así que cualesquiera obras derivadas permitirán también uso comercial.

“Porque es necesario compartir literatura”.



Ilustración de Marcelo Santiago Armijos Echeverría bajo licencia CC—BY 4.0 Internacional: "Porque al ser uno de los primeros concursos en los que participo pienso que mi obra no debería tener muchas [restricciones] pues mi objetivo es que se pueda ver y usar por muchas personas."

Preparativos

Andrea Paola Armijos Echeverría

Hay magia. La magia existe. Está repartida en el mundo con discernimiento, vaya a saber uno el discernimiento de quien, para algunos de dios, para otros del destino o el azar. Los tres pueden ser la misma cosa. Para mí la magia está en la estrella gorda que se posa cada noche debajo de la luna, como esperando a sostenerla en caso de que un día esta se canse de ser satélite y quiera botarse sobre la Tierra. La magia la aspiro, cada vez con más dificultad, de la pipa que compré la última vez que visité Guayaquil y me subí a uno de esos buques que se exponen en lo que ahora es Malecón.

Sin embargo y sobre todo, la magia está en las cosas que creamos. Por eso me fui, nos fuimos. Leonor no quiso aceptarlo, se burló de una decisión que según ella era “arquetípica de ancianos”, pero ella siempre fue así. La amé desde que la vi, nunca dudaría de ello, ni entonces ni hoy. No obstante, comprendí desde muy temprano que entre nosotros siempre habría una distancia, no un muro, no lo llamaría así, pero sí algo parecido a un arbusto con espinas medianamente peligrosas, una distancia.

A Leonor no le falta nada, en todo caso le sobran muchas cosas. Le sobra preocupación, teoría y análisis. Esto la llevó a salir del país, algo que siempre deseó. Su felicidad nos llenó entonces, aunque al mismo tiempo nos dejó un poco vacíos. Leonor no sabe de vacíos, de ese hueco sin forma que se asienta en la garganta, en el estómago, en la cabeza, en el corazón cuando alguien se va, y uno sabe que no volverá pronto. Me temía yo, por ejemplo, que Pedazo de Cáscara una noche saliera con las galletas bajo el sombrero, dejara el vaso de leche a medio tomar y decidiera ir a acechar otras casas, que me dejara empezar a ser el anfitrión de mi propio hogar y no más el inquilino.

Esta noche estoy más tranquilo, no obstante, porque al menos a través de la condescendencia Leonor pudo haber aceptado seguir mis indicaciones y mis rutinas, ¡más le vale! La primera vez que Amanda y yo hablamos con Pedazo de Cáscara tuve una sensación similar de tranquilidad,

entonces no sabía a qué se debía y no hice mucho por dilucidar esa inquietud. Hoy, sin embargo, creo que ya sé a qué se debía aquella paz: de cierta forma Pleysho se ha vuelto una extensión de mi vida en esta casa. Él es lo único, o el único, que mantiene algún tipo de dependencia hacia mí. Eso quiero creer.

— ¿Me necesitas acaso Pleysho? — le pregunté una tarde.

Soy más astuto que él, supe que notó en mis ojos una laminita de cristal que podría haberse quebrado, contra mi voluntad, en caso de escuchar un no. Amanda ya me había dejado.

— Claro — respondió lamiéndose un lado del bigote que se había empapado con los jugos de un mango que se había chupado unos minutos antes. — Claro que te necesito viejo. Pocos en el pueblo siguen tomando leche entera, con eso de las dietas y las alergias todo es ligero, descremado, ¡bah!

Me imagino en este momento, y no quisiera reírme por temor a que Leonor me pille despierto, cómo sería una relación cotidiana entre Pedazo de Cáscara y Leonor. ¡Santo Dios! Uno más terco que otro. Elisa y Benjamín, por el contrario, dormirían como osos perezosos tras pasarse jugando todo el día con él. Pero creo que la simbiosis en algún momento cedería y sería armoniosa y sobre todo útil. A Leonor le agrada la limpieza y el orden. A Pedazo de Cáscara le agradan las galletas con leche. Que Leonor haga las cuentas.

Finalmente para esto vinieron, ya están aquí y yo no puedo retrasar los planes del destino, incluso en ello debe haber magia, en esa manera especial, sutil y perfecta en la que las cosas se dan para que el final no sea una sorpresa del todo aterradora, sino más bien natural. Amanda me ha visitado casi a diario y me propone vernos, me extiende la mano y sonrío mientras una brisa plácida me mueve los cabellos. A Leonor todo esto la incomoda; cuando le hablé de su madre, avisó que sería buena idea poner cerramientos en las ventanas para que el viento no se cuele por la madrugada en medio de mis pesadillas ¡pesadillas dijo! Y cuando traté de dictaminar mis deseos finales, ella prefirió servirnos más vino y ojear un libro rosado esperando que le preguntara sobre qué trataba. Afortunadamente escuchó lo básico, sé que de todo lo demás se encargará asertivamente con eso de su psiquiatría y medida, no me preocupo mucho por lo demás.

De tal manera que siento y ahora sé que, aunque mi hija nunca vio en mí una figura con la cual conectarse profundamente, está sola y soy lo único que la tiene asida a la gravedad, a un tiempo menos pesado y lineal. Al menos cuando sonreía de niña, con las manos manchadas de pintura, ensuciando lienzos perfectamente útiles, tenía el mundo por delante y aún lo veía, no solo transitaba por él pagando cuentas y escribiendo recetas. Si bien los niños necesitarán de las argucias de Pedazo de Cáscara para transformar sus lágrimas en risas, sus miedos en batallas por ganar y sus sueños en posibilidades palpables, Leonor lo necesita más que nadie, más que yo en medio de esta nada sin Amanda. Galletas con leche, Leonor mía, no lo olvides nunca. Galletas con leche. Lo he preparado todo, Pleysho incluso acordó venir más temprano mañana con la promesa de encontrarse con galletas de jengibre traídas desde California. Lo he preparado todo muy bien.

Esta noche preferí no fumar, sé que a Leonor le molesta mucho. ¡Me cuesta conciliar el sueño sin probar mi pipa al menos unos minutos!

Leonor duerme, los niños duermen, Pedazo de Cáscara estará en camino, con la boca aguada por las galletas prometidas. Mañana temprano cuando las zapateadas de Pleysho despierten a alguien, tendrán que resolvérselas solos, hacer acuerdos y firmar alguna cosa, así lo querrá Leonor. Pero mañana será otro día, yo estaré con Amanda y Leonor descubrirá la magia ¡de golpe!, pero la descubrirá. Porque la magia existe, está en muchas cosas, para Pedazo de Cáscara la magia está en una galleta sumergida en leche. Hay magia y Leonor tendrá que vivir con ella de ahora en adelante ¡más le vale! pues la magia existe, pero, sobre todo, la magia está en las cosas que creamos.

Licencia



Atribución: Esta licencia permite a otras distribuir, remezclar, retocar, y crear a partir de su obra, incluso con fines comerciales, siempre y cuando den crédito por la creación original. Esta es la más flexible de las licencias ofrecidas.

“Todas [las licencias] me parecen aceptables para diferentes casos. En este, escogí la licencia CC BY 4.0 Internacional porque me parece apropiada para un concurso en el que la modalidad requiere la derivación, reinención de otros textos y porque confío en que la institución organizadora mantiene una seriedad en la que no se usará mi obra sin mencionar a su autor y, por seguridad y respeto, se mantendrá un diálogo en caso de cualquier modificación o reproducción”.

La casa en el bosque

Jorge David Nicolalde Del Pozo

Qué pena que la guagua se perdió de esto, le hubiera encantado – le dijo al viejo, mientras sostenía de su mano.

Esa mañana, Efraín se había levantado un poco tarde, pero feliz; el día anterior lo habían pasado en Quito, y el médico le había dicho que pese a lo grave de la enfermedad, su esposa Elisa tenía un semblante inesperadamente reluciente. Había avisado incluso por teléfono a Leonor su hija, quien vivía en el extranjero, aunque la brevedad de su respuesta no se le hizo del todo convincente. «Supongo son cosas de gringos, por allá siempre están ajetreados», suspiró para sí mismo. De cualquier modo, terminaron acordando una visita para dentro de unas semanas.

Tras recoger un plato y una escudilla del piso, que solía dejar quizás para un gato, decidió salir por un momento a fumar a la entrada de la casa. El cielo lucía un tanto nublado, pero el aire era fresco. Recordó entonces la vez en que le habló a Elisa de la idea de dejar aquella casa del centro norte de Quito en la que hicieron tantas veces el amor, hicieron tantas fiestas, recibieron a tantos amigos, Leonor hizo varias fiestas y la vieron ebria por primera vez, y que tras la partida de Leonor, quien a punto de ñeque y tenacidad había logrado obtener una beca para estudiar psiquiatría, ya no sería la misma.

—Papi, ¿los duendes existen? —le preguntó una vez Leonor, mientras le veía reparando un querubín despostillado y de alas quebradas, que parecía más bien un gnomo.

—Claro que sí, Leonor —le había respondido, con la frente sudoroso y los ojos arrugados, que parecían clavarse en las pequeñas imperfecciones de aquel ser de yeso.

—¿Pero por qué no les he visto nunca? —insistió la Leonor de aquel entonces, vestida con una pijama de osos.

—Es que a ellos no les gusta la ciudad —se detuvo el entonces menos viejo Efraín para contestar.

—Ellos prefieren los lugares más calmados, por ejemplo el campo.

—Pero el campo es feo, papi; ahí no hay jugueterías ni tele...

—Es lindo Leonor, ¿acaso no te acuerdas del columpio en el árbol de la casa de tu tío Pepe?

—O sea sí, sí era divertido, jajaja —respondió, pasando de su pequeña cara de desdén a una carita arrugada por la risa.

—Papi, ¿y si tuviéramos una casa en el bosque?

—Eso sería una gran idea, hija... entonces podríamos tener no un columpio, sino algunos, y también te podría hacer una casa para vos solita sobre un árbol, como esos que ves en la tele.»

De eso habían pasado muchos años; Leonor ahora estaba casada, tenido dos hijos, y aunque le había puesto el nombre de la abuela a la nena, jamás pudo darle su casa de árbol. Y pudo más la gran ciudad, esa que también había visto en televisión y que definitivamente no era Quito, pues no tenía mar. Terminado el tabaco, Efraín pensó que la vida quizás le daría una segunda oportunidad, que si bien no pudo construir la casa del árbol para Leonor, podría hacérsela a Elisa y Benjamín, pues las cosas de este mundo no acaban con nosotros, pues cuando nos hayamos ido alguien siempre tomará nuestro lugar y aunque el mundo no pare de ser tumultuoso, las guerras y la contaminación no se acaben y la gente siguiera matándose, alguien terminaría sobreviviendo.

Al entrar de nuevo en la casa, notó que alguien además de su esposa Elisa estaba en ella. ¿Sería Leonor? No, era muy pronto; apenas habían hablado el día anterior. ¿Algún ladrón o chagra quizás? Era poco probable.

—Pensé que tomarías tu comida y te irías —exclamó al inesperado visitante.

—Hoy no; debo quedarme contigo.

—La Leonor hubiera estado feliz de conocerte —le dijo Elisa, mientras sostenía la mano de Efraín. A ella le hubiese encantado tener una casa de árbol para conocerte. Te pareces a ese querubín que mi amor ayudó a reparar. Me dabas miedo, jajaja. Qué lindo eres. Gracias mi amor por presentarnos. Te quiero mi amor. Ya es de noche. Buenas noches señor querubín. Buenas noches mi amor, que descanses.

Se despidió Elisa, cerrando sus ojitos, esos que de pronto se parecieron a los de Leonor, aquella mañana en que Efraín le prometió una casa en el bosque.

Licencia



Atribución—NoComercial: Esta licencia permite a otras distribuir, remezclar, retocar, y crear a partir de su obra de forma no comercial y, a pesar de que sus nuevas obras deben siempre mencionarle y ser no comerciales, no están obligadas a licenciar sus obras derivadas bajo los mismos términos.

“Elegí una licencia no comercial ya que es un homenaje a la obra inédita de otro autor”.

Nunca toques las galletas: la historia de Pleysho Guntherdin

Carla Estefanía Grefa Valencia

Mención de honor

Mi nombre es *Pleysho Guntherdin*, soy descendiente de una elite de mineros al norte de Éire. Hace algunos años decidí dejar el poblado de mis antepasados para establecerme en una remota localidad en las montañas, los comuneros la llaman “Machachi”. Había escuchado de ese lugar por unos viejos amigos que se dieron la vuelta al Nuevo Continente, y no exageraron al decir que aquel lugar estaba cubierto por una extensa capa de *cupressus* y *pinus*, árboles que guardan el secreto de la vida misma. Recuerdo que tomé mi sombrero y empecé el viaje por los diversos túneles que conectan la Tierra, pero ese es otro cuento.

A mi llegada hallé una pequeña comunidad de gnomos conocida como los “chagras”. Este clan se dedicaba a mantener la armonía entre los volcanes, el agua y la vegetación, mediante rituales algo estrambóticos que fui aprendiendo con el tiempo. Cuenta la leyenda que hace 2.000 años el Padre Muqui quedó maravillado y decidió construir un santuario en este mismo lugar, hecho en madera y piedra, que no se destruyera con el tiempo para que seres de toda clase puedan visitarlo. Este refugio es una de las más importantes puertas de conexión al mundo subterráneo, fue así como pasaron los años y con ellos millones de viajeros, incluso algunos humanos.

Debido a mi condición de foráneo me empeñé en aprender las costumbres de la zona. Para simpatizar con los lugareños, aún joven, dejé crecer mi barba que por su color rojo, típico de *Baile Átha Cliath*, resaltaba entre las demás; engordé con propósito, por lo que el jubón y los pantalones me quedaban más ceñidos; modifiqué mi sombrero y fabriqué una pipa con una caleta grande tal como se acostumbra en esta época; y, regalé mis botines para que las plantas de mis pies puedan sentir el pasto y la humedad del bosque. A cambio de unas cuantas monedas de plata —abundantes en Éire— los chagras me enseñaron nuevas habilidades, entre esas, la facultad para transformar las lágrimas en risas. Me hice muy amigo de las hadas y los elfos, juntos les dábamos color a las flores y aroma al musgo pegado en las rocas (en agradecimiento fabriqué diademas de flores para las hadas vanidosas y una pipa refinada para cada elfo, los regalos eran comunes en mi poblado). Los días se convirtieron en meses y ya cuento diez años en este lugar...

A poco tiempo de mi llegada, fui atraído por un intenso olor que escapaba del santuario, en el que ahora, sin previo aviso, habitaban Efraín y Aurora, dos sujetos con rasgos de gnomos —al parecer el humano mientras más viejo, más gnomo—. Guiado por la curiosidad entré, pero la vieja se asustó muchísimo, empezó a gritar por las habitaciones y tomó una escoba, estaba dispuesta a acabar conmigo! En escarmiento, a la tarde siguiente revolví todo, tomé algo de fruta y dejé los pedazos de cáscara por toda la casa. Los humanos se enojaron muchísimo, pero pronto entendieron que no me marcharía y para congraciarse me dejaban deliciosa comida en un plato, en la esquina más lejana de la cocina.

Me encantaba husmear por la cocina, guardaban plátanos, sandías y muchísima leche. Puedo decir que los intrusos comían bastante bien. Continué observándolos por días, necesitaba descubrir el origen de tan agradable aroma. Con el tiempo me dejé ver y así fue como empezó nuestra amistad. Me llamaban Señor Pedazo de Cáscara (como verán la creatividad humana es bastante reducida). Cada tarde nos acomodábamos en el porche de la casa y los viejos se preparaban para escuchar las excéntricas historias que aún podía recordar, y yo prestaba oídos para las travesuras de Elisa y Benjamín, sus únicos descendientes.

Efraín es muy talentoso y detallista, docenas de sus cuadros se apilan en perfecta simetría en las tres paredes del cuarto de pintura. Ese espacio es mi favorito de toda la casa, tiene un caballete que ocupa su centro, justo debajo de unos grandes tragaluces que permiten la entrada de luz natural. Reservo tres mañanas a la semana para sentarme cerca de mi gran amigo y ver sus gestos de concentración mientras busca algo de inspiración para sus obras. Ha retratado hadas y elfos, en toda pose y movimiento. Hace unas semanas decidió que yo sería su musa, y ahora, ocupo el centro del estudio, aunque con una ligera distorsión porque me ha dibujado un poco regordete y con pies de ogro.

Con Aurora las cosas eran similares, una mujer cobijada por una dulzura incomparable y que llegó a convertirse en amiga de todos los gnomos del pueblo, su sonrisa reflejaba un sentimiento de bondad que no había visto antes en un humano. Se levantaba cada mañana al cantar el sol, salía de casa y daba un paseo por el bosque en busca de ingredientes nuevos que acompañen sus viejas recetas, regresaba al santuario sujetando su pequeña canasta y empezaba con las tareas de limpieza. Siempre fue activa y se esforzaba mucho para que nuestro hogar se mantenga impecable.

A pesar de las bromillas que le hacía, como muestra de gratitud por todos sus mimos, ordenaba la casa mientras los viejos dormían por la noche.

Pero bueno, regresemos al inicio. A pocos meses de mi primer encuentro con los humanos, un evento inesperado me llevó al santuario. El humo de la pipa de Efraín se mezclaba con una esencia a mantequilla, ¡era nuevamente ese olor! Me acerqué en silencio a la cocina y vi que Aurora estaba acomodada frente al horno, en espera de algo o de alguien. Le pregunté de dónde escapaba ese aroma dulzón y ella compartió su secreto conmigo. Un amasijo de azúcar, avena y vainilla burbujaba en el horno encendido, el producto final se llamaba *galleta*, y una vez frío era mandatorio espolvorearle chocolate. No podía dejar de comerlas, una tras otra. Mientras sentía como las migajas de la primera galleta encajaban en los pliegues de mi jubón y la comisura de los labios se llenaba de chocolate, tomaba la segunda. Empecé una fuerte adicción por este manjar, Aurora me consentía preparándolo cada semana.

Varios gnomos se enteraron de la producción de galletas (el bosque no es un lugar para guardar secretos) y empezaron a frecuentar la cocina, revolviéndolo todo para ver si corrían con suerte y encontraban aunque sea migaja de esta invención culinaria. La casa quedó un desastre, pero mi paciencia acabó cuando frente a mis ojos una pequeña hada se atragantaba las galletas que Aurora me había preparado, enfurecí y la convertí en una seta, sin antes decirle que nunca... pero nunca... toque mis galletas!

En fin, nunca pensé que la vida de seres elementales, como lo somos nosotros, podría conectarse tanto a la de un par de humanos. Los años junto a Efraín y Aurora han pasado rápidamente pero sin duda son de los mejores que puedo recordar.

Hace cuatro años Aurora dejó su cuerpo para convertirse en energía pura, en la verdadera forma de la existencia. Gracias a mis habilidades de gnomo pude ayudarle en ese viaje, así como ayudaría esta noche a Efraín.

Leonor acaba de apagar el auto, viene acompañada de Elisa y Benjamín...

Licencia



Atribución—NoComercial: Esta licencia permite a otras distribuir, remezclar, retocar, y crear a partir de su obra de forma no comercial y, a pesar de que sus nuevas obras deben siempre mencionarle y ser no comerciales, no están obligadas a licenciar sus obras derivadas bajo los mismos términos.

“Gracias a la difusión que este concurso ha generado sobre el licenciamiento Creative Commons es posible que más lectores y escritores entiendan la importancia de referenciar a un autor. Pienso que el concepto de obra debería ser de disfrute público, y posiblemente, una de los logros más aceptables para un escritor es que a partir de su obra se puedan derivar más creaciones. La expansión cultural tendría una gran ventaja si se usaran licencias más permisivas que obliguen a establecer una referencia pero que no incluyan límites para obras derivadas. Por esta razón he elegido la licencia CC BY—NC, la cual te permite compartir y remezclar el contenido; sin embargo, respecto del tema monetario creo pertinente un estudio más a profundidad de los beneficios que la obra y su distribución puedan generar, y como esto afectaría a los intereses del escritor original, considerando la inversión de tiempo y dinero que este ha dedicado para la culminación de la misma. Definitivamente no utilizaría licencias que "impidan" la difusión de obras, es decir que contengan requisitos demasiado estrictos y poco útiles para compartir contenido. El avance tecnológico y en parte la globalización cultural son sucesos que no reportan barreras, por lo que mantenerse en posiciones restrictivas solo generaría que la obra y el autor queden olvidados”.

La hija de Efraín & el regalo

María Fernanda Yáñez Cadena

2

Leonor se sacó en segundos la zapatilla izquierda y se la lanzó al hombrecillo, que se escondió tras una canasta de fruta que estaba cerca. Con algo de temor se acercó a la esquina de la cocina, sus pasos eran lentos y silenciosos, los ojos cada vez se le abrían más esperando encontrar al pequeño ser y ver que no era una fantasía más creada por su padre. Al parecer era alguien real pues le había reclamado acerca de las galletas.

Sólo una canasta llena de frutas era lo único que la separaba del gnomo que su padre había nombrado horas antes, hasta ese momento ninguna de las historias había convencido a Leonor sobre la verdadera existencia del duende pintado en el cuadro, esa imagen se dibujaba en la mente de ella una y otra vez. Esperaba ver al barbudo ser, salir de improvisto con su estrafalario traje para quizás atacarla. Se puso algo paranoica.

El olor a humo la estaba impacientando, el pitillo que fumaba el enano de orejas puntiagudas, estaba tirado en el piso de la cocina. Los ojos de Leonor hicieron un breve movimiento para comprobar que el cigarro seguía encendido, lo analizó en segundos y tomó enseguida el cigarro del piso, se irguió con rapidez y aplastó furiosa el envuelto de hierbas contra el fregadero, abrió el grifo y terminó de hundir al tabaco en el agua que venía con pedacitos de hielo. Los diminutos cristales se destrozaban al caer en la lata del fregadero para luego, llevarse los residuos del cigarro.

Leonor giró con furia su cabeza. Sin titubear se acercó a la canasta de frutas, la movió con rapidez y descubrió la esquina llena de cáscaras de mandarina y corazones de manzana frescos, recogió su zapatilla y regresó a la habitación de su padre.

El sol aparece con fuerza por la ventana que ilumina la sala, supo que era hora de pensar seriamente en la historia que iba a contarles a sus hijos cuando éstos despertaran. Cómo podría ocultarles tremenda noticia, más aún cuando los niños esperaron tanto para jugar con su abuelo y lo ansiosos que estaban por empezar el día con un paseo por el bosque. Le quedaban pocas horas

para armar una buena historia que convenza a los pequeños, de que el viejo seguía vivo y jugaría con ellos luego por varias horas.

Un acontecimiento como éste sería muy difícil de entender para criaturas tan inocentes. La muerte es difícil de asimilar hasta para las más analíticas y pragmáticas personalidades. No se diga para unos niños que han sido alejados a toda costa de la maldad y el sufrimiento de este perverso mundo.

Moviendo a su padre para comprobar el peso del cuerpo, prefirió envolverlo en las mantas que lo abrigaban y arrastrarlo hasta el patio para definir en qué lugar escondería el cadáver hasta pensar en una mejor idea. Un muerto no podría permanecer en la casa, los niños no estaban listos para ver semejante escena, sacada de la película de terror menos piadosa. Cómo es posible que ella, una profesional de la psicología, seria y responsable estuviera pasando por un momento tan deplorable. A partir del instante en que envolvió con las cobijas el cadáver de su padre, supo que los minutos eran escasos en determinar el futuro mental de sus hijos, en especial la reacción de Benjamín, el niño era el más sensible de los dos y lo único que deseaba era sumergirse en el mundo de fantasías de su abuelito Efraín.

— ¿Qué les voy a decir? — pensaba angustiada.

Nunca les iba a revelar que su abuelo murió de quien sabe qué, en horas de la madrugada, sin despedirse o haberles dicho nada al respecto, excepto a ella.

— ¿Qué voy a decirles? — se repetía mentalmente.

— Benjamín es demasiado sensible para enfrentar esto, y Elisa, ella tampoco podría con esto

— ¡¡¡ ¿Qué puedo hacer?!!!

Cada monólogo que estaba en su cabeza reflejaba la desesperación por evitar un posible trauma en los niños, que se devastarían frente al deceso inesperado de Efraín. Los minutos seguían corriendo y mientras movía con todas sus fuerzas el bulto, los pájaros trinaban con entusiasmo, la brisa empezaba a tocar los frondosos cipreses y el sol no esperaría en abrigar las hierbas y secar todo el bosque que amanecía acariciado por el rocío y la papacara.

Un paisaje tan sublime contrastaba con el desdibujado rostro de Leonor, la fría curvatura de su espina y las gotas heladas de sudor que le caían presurosas por todo el rostro. Así como el sol

ascendía entre las montañas, la mañana no se detenía. Sin percatarse, Leonor había traspasado el patio y ahora estaba en el bosque, los rayos de luz traspasaban a las hojitas que se desprenden de los árboles, así como el rostro pálido de la mujer que ahora, tocada por el fuego, sabía lo que tenía que hacer.

Regresó a la casa del viejo y buscó en la cocina una pala para cavar el agujero donde enterraría a su padre, la búsqueda en la cocina no resultó productiva. Sin derramar el menor suspiro salió de varios saltos al patio creyendo que era lo más lógico buscar ahí, las gotas de sudor se iluminaban con el sol que empezaban a quemarle de a poco, parecía una fuente humana que emanaba líquido.

La desesperación se apoderó de su mente por algunos minutos y sin importarle que los pequeños despertaran buscó la pala en medio de los maceteros, los botes de pintura vacíos y los palos que estaban apilados en el patio y que caían al piso despiadadamente.

— ¡¡¡Maldita sea!!! — replicó Leonor —

— ¡¡¡ ¿Dónde guardaría papá una simple pala?!!! — dijo apretando los dientes—

— Cualquier persona en su sano juicio guarda una pala en la bodega, pero no!, papá no es una persona juiciosa!!!

— Ésta casa no tiene ni siquiera una insignificante bodega — decía mientras rechinaba los dientes —

Tomando un palo de lo más delgado que encontró en los escombros, lo agarró y golpeó en el piso hasta romperlo en dos partes, tomó los pedazos y corrió de nuevo al bosque.

Fue fácil recordar el camino de regreso, el sendero que había dejado el cadáver envuelto era la mejor pista para ganar tiempo. Llegando donde su padre, empezó a cavar con las puntas afiladas del palo que rompió, lamentablemente el hueco que hizo en la tierra, no podría ocultar ni la cabeza del pobre anciano que con rostro amable y tranquilo, esperaba ser sepultado por su hija.

— ¿Qué hora es? — se preguntó cortando la respiración por segundos

Dejando todo a medio hacer corrió de nuevo a la casa para verificar que los niños seguían durmiendo. Entró sigilosa a la sala y haciendo una mirada panorámica del lugar verificando que

nadie la estuviera observando, se dirigió a la habitación donde dormían Elisa y Benjamín. El rechinar de una puerta vieja, era el único sonido que se podía escuchar en toda la casa. Afortunadamente los niños continuaban soñando, quizás en las aventuras que vivirían con su amado abuelo.

Caminando hacia la cocina, Leonor se detuvo un momento para tomar un vaso de agua helada y aplacar la sequedad de su garganta, nunca antes había transpirado tanto como ahora. De pie frente a la cesta de frutas pensaba en otra solución para esconder a su padre. Con la respiración algo relajada y esperando tener una idea más práctica Leonor entra al salón de pintura de Efraín.

Toda la luz que ingresaba en el estudio del viejo, le dio dolor de cabeza, estaba en condiciones extremas para no sentirse deslumbrada por la inusual entrada de sol en el salón. Entrecerrando los ojos para divisar alguna forma pudo ver unas puntiagudas orejas moverse entre los tarros que guardaban pinceles y brochas, sin duda era el gnomo que no había podido atrapar antes.

Con total tranquilidad Leonor caminaba al centro del estudio, ahora calzaba ambas zapatillas que antes fueron amenazas. El gnomo giró con gentileza un poco de su cabeza, las barbas le brillaban con efecto tornasol, lo que ayudó a relajar más la tempestad de la hija de Efraín. Ella se acercó lo que más pudo, inclinándose para mirarlo con paciencia, pero sin poder verlo directo a los ojos y exclamó:

— Discúlpame por mover tus galletas...

El pequeño duende dibujando una amistosa sonrisa, asintió de inmediato. Tomó entonces algunos pinceles entre sus manitas y dando vueltas como un trompo salió al patio de la casa. Otra vez se le había escapado pero ahora Leonor iría tras de él, sin pensarlo demasiado tomó varios botes de pintura y los guardó en una bolsita de tela que estaba cerca, para enseguida salir como si estuviera bailando mientras lo perseguía. En ese momento parecía que la desgracia de la muerte no existía. El gnomo saltaba por el sendero que dejó el cadáver de Efraín, la pequeña Leonor intentaba imitar en algo los pasos alegres del pequeño. En pocos minutos llegaron al centro del bosque.

Tomando con sus diminutas manos algo de lodo que se había formado por el rocío de la mañana, el señor pedazo de cáscara hace bolitas de tierra y las embarra en los plateados y largos cabellos del viejo, queriendo crear formas. Al principio dividió el pelo en dos partes iguales aplanando y moldeando con sus dedos los rizos salvajes del anciano. Con el lodo había logrado formar dos

cuernos bifurcados, similares a los de los ciervos que a veces visitaban el bosque. Con risa juguetona y aguda daba el toque final a la cabeza. Efraín tendido en el piso con los ojos cerrados y una sonrisa pacífica esperaba ser decorado en su totalidad.

Leonor que había visto todo desde un lugar estratégico no pudo disimular la emoción y con los ojos llenos de lágrimas, se arrodilló frente al cadáver de su padre sollozando por un largo momento para luego limpiarse el agua salada que le brotaba. El señor pedazo de cáscara le compartió una bolita de lodo y ella aceptó.

Con toda fascinación Leonor cubría de lodo el rostro del viejo como acariciando sus formas, recorría las espesas cejas, haciendo con sus uñas unas pequeñas grietas para que se pudieran distinguir los pelos. Luego fue el turno de los ojos que con las yemas de los dedos plasmaba de ternura los hoyuelos e hicieron que unas cuántas lágrimas cayeran y humedezcan el lodo. Las uñas ayudaban a la mujer a detallar los ángulos. Seguía la nariz, pero solo necesitó dar un par de vueltas con los dedos para imitarla a la perfección. Y ahora la sonrisa, aquella herencia que le había dejado su padre y que ahora Leonor estaba comprendiendo. Dibujar la sonrisa con lodo fue tan curativo que mientras lo hacía, unas cuántas carcajadas se liberaban de su pecho, lugar de donde todo sale.

El sol hacía de las suyas y el lodo se secaba con rapidez. La dureza de la tierra era perfecta para derramar la pintura sobre ella, con los botes ya abiertos los colores caían, primero el dorado para los cuernos, luego el azul para el rostro. La pintura corría desde la cabeza hasta el cuello. Con el pincel, el pequeño gnomo distribuía el color hasta emparejar la tonalidad, Leonor simplemente no podía creer lo que pasaba ahora, pero poco importaba la implacable lógica si la diversión era tanta.

Las hojas secas que estaban en el camino al bosque empezaron a sonar, como si las pisadas de alguien las quebrara. Unos dulces susurros se escucharon entonces:

— ¡¡¡Mamá, mamá!!! — decían los pequeños —

— Pequeños míos, ¿Cómo llegaron hasta aquí? — replicó Leonor —

— El abuelito Efraín nos visitó en sueños y dijo que estaría aquí contigo para que jugáramos juntos — respondieron los infantes —

Con los sentimientos encontrados y ahora jugando con el lodo, la pintura y sus amados hijos, Leonor disfrutaba de la compañía de su padre Efraín, que yacía inmóvil como el mejor de los

modelos de escultura. Todo su ser quería ser parte de los juegos. La mañana avanzaba y las risas se podían escuchar por todo el bosque.

3

Elisa y Benji estaban de lo más animados, tomaban tierra, la mezclaban con pintura, encontraban palitos que los convertían en pinceles, su madre los veía encantada y solo se entregó a disfrutar de los juegos de niños. El gnomo ya no estaba presente pero los niños seguían felices. Pasarían un par de horas para que regresaran a la casa.

Los pequeños corrieron hasta el estudio para tomar más pintura, pero Leonor ya en su papel de madre les dijo:

— Elisa, Benji, quiero que se cada uno vaya a bañarse y luego desayunamos, de acuerdo?

— ¡No mamá! Queremos seguir pintando al abuelito, él nos dijo que lo acabemos de pintar hoy

— gritaron tiernamente los pequeños —

— No, primero desayunamos y luego vamos al bosque.

— Pero mamá, si nos bañamos ahora, nos volveremos a ensuciar, mejor comamos en el patio las frutas que nos dejó el abuelito...

Leonor no pudo contradecirlos y sacó la canasta de frutas y una jarra llena de agua. Los chiquillos estaban comiendo en la mesa del patio pero Leonor, analizando el paisaje, decidió llamar a un ex compañero, radicado recientemente en Quito para pedirle ayuda con la inminente preservación del cuerpo.

Tomó el celular y enseguida llamó a Max Renn, un norteamericano que fue su compañero de universidad, él estudió medicina forense en otra facultad pero se habían conocido en una fiesta de fraternidad y el flechazo fue instantáneo. Luego de unos meses de haber terminado la carrera, decidieron casarse. En uno de sus pocos viajes a Ecuador, cuando aún estudiaban, Max quiso acompañarla al país de los nevados y desde ese momento los padres de la becada, simpatizaron en gran medida con el muchacho que luego sería el padre de sus nietos.

A quién más podría contarle lo que pasó, lo más importante era encontrar alguien que la ayude a preservar el cuerpo de su padre. El teléfono empezó a llamar.

— Hello Leo... — respondió Max —

— How are you, dear? — continuó amistosamente —

— Max, necesito que me recomiendes a un buen embalsamador. !!!Es urgente!!!

— ¿Qué pasa Leo, un embalsamador??? Are you crazy dear? What are you doing, where are you?!!!

— Ven a Machachi, necesito que vengas y que traigas a un embalsamador o si quieres a un taxidermista o quizás tú...

— Ok. Realmente estás loca, pero voy a ir. Ok? ¿Estás en la casa de tu padre?

— ¡Sí, estoy con los niños! Ven de inmediato, Max ¡por favor! y trae los químicos que necesites para preservar un cadáver, no te olvides de eso!!! — dijo Leonor con voz temblorosa—

— Oh my God!!! What are you doing dear?!!! I'm going right now... — y concluyó la llamada.

Licencia



Atribución—NoComercial—CompartirIgual: Esta licencia permite a otras remezclar, retocar, y crear a partir de su obra de forma no comercial, siempre y cuando den crédito y licencien sus nuevas creaciones bajo los mismos términos.

“Estoy de acuerdo en compartir ideas, se podría hacer una novela con varios autores y ganar dinero”.

Espero que nadie las toque

Francisco Javier Contreras Domínguez

La jubilación fue un momento muy esperado en mi vida. Mi trabajo de restaurador terminó y decidí vivir en Machachi con mi esposa. Alejarnos de la capital nos ayudaría a tener una existencia tranquila.

Pensaba en dedicarme a la pintura, no tenía otro pasatiempo. Mis deudas estaban pagadas y podía subsistir de las rentas de algunas propiedades que adquirí en mi juventud. Mi esposa estaba contenta con la idea y la hicimos realidad.

Nuestra nueva casa no era tan nueva. Era una casa destartalada pero tenía ese olor a familia. Nos mudamos en un solo día, compramos comida para todo el mes, y al anochecer tomé con mi esposa una botella de vino. El sueño del jubilado era real.

Mi mujer se quedó dormida por la embriaguez, yo decidí fumar mi pipa en la sala. El humo me atrapó y contemplaba mi nuevo hogar mientras fumaba. Un extraño sonido me sacó de mi trance, provenía de la cocina. Me asusté, de inmediato pensé en un visitante nocturno que notó la presencia de dos ancianos indefensos. Tomé la botella que vacíe con mi esposa, y lentamente, caminé a la cocina. Desde la puerta no vi nada, seguí inspeccionando y vi una extraña figura en el costal de papas que compré.

Un ser enano estaba comiendo las papas crudas como un desquiciado. Con sus pequeñas manos, sucias y con uñas largas, tomaba las papas sin piedad. Hice un ruido con mi boca para asustarlo, pero solo me miró y siguió comiendo como si no le importara mi presencia. Tomé la escoba y le piqué en la espalda con el palo. El enano gritó como un pequeño animal y corrió hasta la puerta que daba al patio.

Ya había leído sobre seres como este, pero mirarlo fue completamente diferente. Esa noche agarré algunas papas y preparé una sopa. La serví en un plato y la puse en el suelo, junto a la puerta. Me

senté y esperé durante 30 minutos. El enano entró de nuevo a la cocina, se veía muy nervioso. El ser se arrodilló en el suelo y me gritó. “¡Cuchara!”, me dijo, le acerqué una sin pensarlo.

Noté que el enano tenía un acento europeo, y al ver su barba roja, no necesité más pruebas para saber que era un gnomo. Mientras el gnomo comía busqué una botella de vodka que me regalaron al irme de mi empleo. Tomé dos vasos y puse abundante licor en ellos. Tomé asiento junto al gnomo y le di el alcohol.

Fue la noche más larga de mi vida. El gnomo dejó los nervios y hablamos como lo hacen los amigos. Me dijo que su nombre era “Pleysho Guntherdin” y es nativo de Europa occidental. En la década de los 40s, un soldado alemán lo atrapó, y antes terminar la Segunda Guerra Mundial, lo trajo a Ecuador. El soldado tenía por nombre “Adler Schmidt”. El gnomo se veía con mucha ira cuando hablaba de este hombre, y tenía razones para eso. Schmidt maldijo al gnomo para que no pueda salir de la casa. Pleysho me mostró unos extraños signos que le tatuó en la espalda, dijo que eran de magia superior y no podía hacer nada. Schmidt tenía al gnomo como un esclavo, su tarea era prepararle alucinógenos. Pleysho pasaba todos sus días preparando la droga que el alemán consumía. Yo sabía que los gnomos podían preparar esas sustancias, por los conocimientos que tienen de la tierra, pero me sorprendió su relato. El gnomo comentó que Schmidt murió hace 10 años y desde entonces no comía bien.

Cuando la botella de vodka se terminó, fui a buscar ropa para Pleysho, por fortuna tenía algunas prendas de mis nietos. Tuve la esperanza de liberarlo al regalarle algo, como dicen algunas leyendas, pero no pasó nada. Pleysho estaba condenado a vivir en esa casa.

Los días pasaron rápido, yo alimentaba al gnomo pero sin decirle a mi esposa, pero tardó mucho en darse cuenta. Pleysho era travieso y robaba mi fruta, mi mujer lo vio y se asustó mucho, hasta intentó golpearlo con la escoba. Pero ella también se acostumbró al gnomo, ella lo llamaba “Señor Pedazo de Cáscara”.

Mi jubilación inició de forma extraña, y eso me agradaba. Pero olvidé que con la vejez viene la enfermedad, y de seguro, la muerte. Mi esposa fue diagnosticada con cáncer.

Supe que el amor de mi vida no duraría mucho, entonces decidí hacer un pacto con Pleysho. El gnomo le daría unos cuantos años más de vida, pero esos los perdería yo. A cambio de la ayuda,

Pleysho tendría que ser cuidado por mis descendientes, hasta el final de sus días. Mi esposa pudo ser feliz, sin dolor y con una sonrisa hasta el final.

Han sido 4 años de soledad, 4 años desde que nos dejó, pero junto al gnomo ha sido más fácil de sobrellevar. Pude pintar mucho y tuve siempre un amigo. Pleysho arregla la casa cuando le doy galletas y leche, el enano se enoja cuando las mueven de su lugar, es como un niño.

Hoy llegará mi hija desde Estados Unidos, el gnomo dijo que hoy moriría. Esta noche le dejaré galletas al gnomo, espero que nadie las toque.

Licencia



Atribución—NoComercial—CompartirIgual: Esta licencia permite a otras remezclar, retocar, y crear a partir de su obra de forma no comercial, siempre y cuando den crédito y licencien sus nuevas creaciones bajo los mismos términos.

“Quiero compartir el contenido, pero sin que nadie lucre de él”.



Ilustración de José Vicente Cruz Toro bajo licencia CC—BY—NC—A 4.0 Internacional

“Creo que permitir que las personas tomen como referencia o se apropien de alguna imagen artística, para que este produzca algún derivado, o alguna representación inspirada, no tiene nada malo, el problema viene cuando se le da un fin comercial a este, ya que el trabajo intelectual cuesta, y mucho, y el mero hecho de financiarse por medio de este, en todo caso lo consideraría algo grave”.

Nunca pero nunca

Juan Gabriel Pinchao Quiroga

Ganador del tercer lugar

El flamante San Remo negro penetraba raudamente por el bosque de pinos y cipreses, dando a ratos saltos bruscos debido a la irregularidad del camino. Una amplia casa campestre asomaba al final de la abundante naturaleza. El auto se aparcó y de manera parsimoniosa una mujer se apeó del elegante coche. De repente, una ventisca se formó a su alrededor, los árboles que le flanqueaban agitaban con fuerza sus ramas, la hojarasca del suelo revoloteaba de un lado a otro y sus cabellos rojos se movían alborotados, mas su rostro se mantenía inmutable.

La excéntrica dama se acercó a la puerta con pasos cadenciosos y golpeó la entrada de madera de roble color ocre adquirido por el paso del tiempo. Unos instantes después, Leonor, la dueña de la casa, abrió con asombro, pues no era habitual que llegaran visitas, al menos no que ella haya estado esperando.

—Buena tarde, querida. Lamento haberla interrumpido. Mi nombre es Madame Blavatsky –saludó cortésmente la mujer con un notable acento extranjero. Estoy interesada en adquirir una de las pinturas del Sr. Efraín. Tengo entendido que vive en esta casa.

—Efraín era mi padre, falleció hace un año atrás. Yo no podría vender ninguna de sus cosas. Lamento no poder ayudarle –respondió Leonor algo intrigada y cortante a la vez por el requerimiento de Blavatsky que, con esos finos ojos negros, no dejaba de auscultar la casa, como si buscara algo.

—Cuanto lo siento. Mi más sentido pésame.

Sin más, la visita dio media vuelta y se embarcó nuevamente en su auto. “¡Qué extraña!”, pensó Leonor, quien había comenzado a habitar la casa después de que su padre falleciera. Desde entonces escuchaba, por alguna extraña razón, la voz de Efraín pidiéndole que cuide la casa.

Algunas preguntas se le venían a la mente con la llegada intempestiva de aquella mujer, pero se disiparon pensando que podía haber sido cualquier conocida de su padre, tan extraña como lo era él.

Mientras tanto Blavatsky, que se había alojado cerca de las laderas de Machachi, sonreía complacida por la visita que acababa de hacer. Hablaba por celular con su voz meliflua.

“Compañeras, acabo de visitar la casa en donde vivía Efraín. Como nos informaron, el viejo murió y ahora su hija lo está habitando, pero no será problema. Esta misma noche tendré todo listo para hacernos con las energías que emanan y circundan ese lugar”.

Blavatsky o Madame Blavatsky, como era conocida dentro de su aquelarre, era una bruja originaria de Europa experta en conjuros y encantamientos. Su rostro caucásico estaba bañado por una enortijada cabellera roja, ojos finos con pupilas oscuras, nariz respingada y un mentón que terminaba en punta. Su apariencia no era desapercibida debido a sus encantos, los cuales no eran más que una fachada de sus oscuros poderes. A pesar de su 1,65 centímetros de estatura y su figura enjuta, ésta era capaz de poner de bruses a cualquier individuo tan solo con hacer algunos ademanes con sus manos.

La mujer había llegado a Sudamérica en busca de hacerse con nuevos poderes mágicos. Lo que ahora era el nuevo hogar de Leonor guardaba agazapado en sus muros y en su ingente naturaleza una fuerza en la que muy pocos creían: magia. Era el lugar del que Blavatsky quería apoderarse para expandir sus poderes y los de su círculo de brujas; estaba dispuesta a todo por conseguirlo, aunque para ello tuviera que quitar del camino a todo el que se interponga en el.

La noche había acaecido y en aquella morada anidada en el bosque yacía Leonor, que estaba leyendo un libro sobre psicoanálisis y sus hijos, Elisa y Benjamín, que jugaban en la amplia alfombra de la sala a la luz de la chimenea. Los tres permanecían en absoluta tranquilidad sin saber el peligro que les acechaba.

Afuera, el cielo estaba cerrado, con sombras que parecían tragarse todo rastro de luz. Blavatsky estaba parada frente a la puerta de la casa, estática, como si de un ente se tratara. Con unos movimientos bruscos estiró sus brazos a modo de cruz y musitó una pequeña letanía. Después de

unos segundos, el fuego de la chimenea que alumbraba la sala del inmueble se apagó. La oscuridad se hizo total.

Leonor y los pequeños se asustaron por el súbito apagón del fuego. La madre fungió como tranquilizadora, se encaminó hacia la cocina por unas velas para volver a alumbrar el lugar “y de paso aprovecho para poner unas galletas con leche en un rinconcito” pensó la mujer, que aunque no creía del todo en la magia, seguía realizando esas actividades que su padre hacía, más por compromiso que por convicción. Un golpe seco a la altura de la nuca no le permitió hacer ni lo uno ni lo otro. La bruja había entrado.

Eli y Benjí empezaron a preocuparse por la tardanza de su madre. Unos instantes después escuchaban cómo unos pasos se iban acercando a ellos.

—Mamá ¿por qué tardaste tanto? –preguntaba Elí

—¿Mamá?! –insistía Benjí.

No escucharon respuesta, sí una espantosa risa que cada vez estaba más cerca de ellos. No sabían de quien se trataba, pero sí estaban seguros que no era su “mamita”. Asustados y con sus ojos brotando lágrimas los hermanos sólo avanzaban a suplicar: “no nos lastime por favor”.

Bravatsky seguía riendo frenéticamente, sin embargo, sus alaridos fueron intercambiados por grotescos chillidos guturales. Luego, sólo se escuchó como si un cuerpo se desplomara en el piso. El fuego de la chimenea volvió a encenderse de la nada.

Cuando ya podían ver, Elisa y Benjamín posaban su mirada en una mujer de cabello rojo tendido en el piso y a un diminuto ser que parecía tener ciertas facciones del abuelo Efraín.

El duende clavaba su mirada en la bruja y gruñó:

—Nunca pero nunca toques a mis nietos.

Licencia



Atribución: Esta licencia permite a otras distribuir, remezclar, retocar, y crear a partir de su obra, incluso con fines comerciales, siempre y cuando den crédito por la creación original. Esta es la más flexible de las licencias ofrecidas. Se recomienda para la máxima difusión y utilización de los materiales licenciados.

“Escogí la licencia CC BY 4.0 Internacional debido a que me gustaría que mi obra sea difundida en los caracteres que especifica este tipo de licencia siempre y cuando mencionen mi nombre. Esto con el fin de que mi persona como autor tenga más extensión, sea más reconocida y por tanto pueda ser direccionada hacia otros tipos de obras narrativas que pudiera publicar en un futuro.

A pesar de que uno de los objetivos es ganar notoriedad como autor, también es importante y gana relevancia en mi elección el hecho de hacer asequibles ciertas lecturas para que de esa manera, la creación artística en su diversas formas pueda surgir sin mayores inconvenientes.

Al igual que sucedió con el texto de Ney Yépez Cortes, espero dar la misma oportunidad a otros con mi texto.

La categoría de dominio público me llamó la atención pero la descarté debido a que se puede copiar sin citar al autor.

Considero que siempre se debe respetar los derechos intelectuales y es por eso motivo que a la final terminé por descartar. Aunque no me cierro a ese tipo de licencia en un futuro con otros tipos de texto.

La licencia que definitivamente no utilizaría es la BY NC ND debido a que únicamente permite compartir bajo las reglas que ya especifica. Como señalé en la parte superior, uno de mis intereses es poder compartir para que de esa manera pueden surgir nuevas iniciativas ya sea en lo literario o en otros ámbitos. A pesar de que según la calidad del texto, esta licencia pueda tener su validez, mi visión es la de compartir el conocimiento".

Sin título

Franklin Gabriel Villacrés Paredes

El humo seguía saliendo de la pipa del pequeño y gruñón duende, Leonor estupefacta quedo boquiabierta, mil cosas se le cruzaron por la mente aunque ninguna pudo pronunciar con su boca, se sintió mareada, desubicada no sabía si sentarse o salir corriendo. Pasaron varios minutos tratando de racionalizarlo todo y por un momento borró el hecho de que su padre yacía muerto en la habitación. Rápidamente se incorporó fue a la habitación donde sus hijos, aún dormidos, no sabían la triste noticia.

Varias semanas pasaron, desde su casa de California, Leonor les contó lo que vio el día que su padre murió, los pequeños aun tristes por la partida de su adorado abuelo, pero con las ansias de conocer al pequeño amigo de Efraín, tenían mucha curiosidad, querían verlo de cerca, preguntarle cosas.

Leonor sentía mucha curiosidad, desde su punto de vista clínico, pensó que solo fue una imaginación, pero recuerda todo tan vivo, tan real. Se preguntó si podía volver a aquella cabaña, sentía miedo, tenía miedo de que todo fuese real. Se armó de valor, “niños empaquen su ropa que nos vamos a Ecuador, vamos a la casa del abuelo”.

Cuando visualizaron los grandes cipreses y pinos, cerca de la cabaña, los tres corazones palpitaban tan fuertemente que podría parecer que se iban a salir del pecho ¡bum bum bum!

Los niños corrieron tan rápido que el pequeño Benjamín tropezó, se rasgó el pantalón y tuvo un raspón que le importo en lo más mínimo, quiso llegar primero que Elisa, estando a unos pocos pasos se detuvieron en seco. El mismo olor a tabaco que percibieron el día de la muerte del abuelo, les llegaba a sus narices.

Leonor les grito que esperaran, estaba asustada y ansiosa, saco las llaves, abrió la puerta con mucho temor, entraron con el mayor sigilo posible para no asustar a “peishu gunterfin” o como

rayos se pronuncie –pensó Leonor—. “Pleysho Guntherdin” se escuchó una vocecilla desde la sala, “Pleysho Guntherdin” es mi nombre.

Estupefactos y sin habla se quedaron mirando al pequeño gnomo, ¿van a quedarse ahí o van a darme mis galletas?

Al igual que Efraín, el pequeño el Señor Pedazo de Cascara, también les estaba esperando, los niños con los ojos muy abiertos lo veían extasiados.

—¿Cuántos años tiene sr Gnomo? — pregunto Elisa

—289 años— dijo Pleysho con su vocecilla chillona

— ¿extrañas al abuelo? – pregunto Benjamín

— Efraín era muy bueno conmigo, si lo extraño y mucho.

Leonor creyó ver lagrimas desprenderse de los ojos del pequeño ser, “no sabía que los gnomos lloraban”.

Cuando termino de decir eso Pleysho desapareció. Benjamín comenzó a llorar y a recordar a su abuelo, Elisa no tardo en acompañarlo. “ya niños, no lloren, vengan les doy un abrazo fuerte” dijo Leonor.

Acurrucados en sus camas, dispuestos a dormir, los niños tenían las mismas ansías de continuar hablando con el Señor Pedazo de cascara. Leonor no tenía sueño, hizo vino hervido, se sentó en la sala y esperó. –Charlemos— dijo Leonor

El Señor Pedazo de Cascara mágicamente apareció, estaba esperándote. ¡Pero primero... quiero mis galletas....!

Licencia



Atribución: Esta licencia permite a otras distribuir, remezclar, retocar, y crear a partir de su obra, incluso con fines comerciales, siempre y cuando den crédito por la creación original. Esta es la más flexible de las licencias ofrecidas.

"Es la mas reconocida y la que mas aceptación tiene"

Cosechando champiñones

Andrés Sebastián Mora Gaybor

Muy temprano en la mañana, cuando el sol aún no se encontraba en lo más alto del cielo, un pequeño gnomo dormía solo en su habitación. La noche anterior no había podido conciliar del todo el sueño, fue entonces cuando escuchó una voz lejana pero enternecedora que lo llamaba entre sueños, pronto supo que el murmullo no solo venía de la realidad, sino que era la voz de su esposa llamándolo desde la cocina.

Intentó levantarse medio dormido ya que de la cocina venía un aroma exquisito que reconoció al instante, el pequeño gnomo apurado ya sonreía por los pequeños pasillos de su hogar. Sabía que lo que estaba preparando su esposa era difícil de conseguir pero también sabía que era su comida favorita y que no podía perdérsela por nada.

Un vaso de leche con una galleta estaban servidos en la mesa junto a una gnomo de estatura y cabello similar, era una característica común el cabello rojo entre los gnomos domésticos y los duendes del bosque, por lo que para un ojo común el diferenciarlos era un gran desafío. Cuando la gnomo avistó a su esposo no pudo evitar burlarse de él ya que traía el cabellos y su barba alborotados.

— Pleysho sabía que dormir no has podido, pero no creí que te vería tan desarreglado.

— ¿Qué?— Respondió el gnomo con cierta incredulidad. Hasta ese momento el gnomo no se había dado cuenta que al levantarse tan rápido no había tenido tiempo de asearse y arreglarse.

— Carleen sabes que a esta edad uno no puede perder el tiempo en banalidades y menos si hay galletas de por medio— Respondió burlón Pleysho que apuró a acomodarse su ropa con velocidad.

Con risas y alegría terminaron el desayuno, en poco tiempo se levantaría el sol lo que perjudicaba la cosecha de los champiñones brillantes que solo crecían en esa zona de Machachi. La feliz pareja apuró el aseo de la vajilla, Carleen que lavaba con rapidez y maestría por sus años de experiencia

ayudando a su madre, le pasaba los platos para que Pleysho los secara con un poco de torpeza. Esta rutina se repetía una vez a la semana desde que se casaron, ya que un champiñón solía durar toda una semana y también en algunas ocasiones encontraban pequeños pedazos de galleta regados por el bosque.

Una vez listos se pusieron en marcha con sus herramientas y una cuerda que muchas veces servía para arrastrar el gran hongo cuando se encontraba muy pesado. Al momento de salir Pleysho advirtió a su esposa.

— Tenemos que tener cuidado en el camino vieja — le decía Pleysho mientras tomaba de la mano a su pareja. — Creo que he visto duendes de camino a la cosecha el otro día —.

Su esposa asintió con cuidado, ya que los duendes solían robar la comida de los gnomos y si se oponían incluso podrían terminar con sus vidas. Los duendes eran seres tramposos que engañaban a otras criaturas haciéndose pasar por gnomos gentiles, y cuando se descuidaban los duendes sacaban la maldad que llevaban en su interior.

— Mientras nos cuidemos nada nos va a pasar — dijo Carleen para tranquilizar al viejo gnomo.

Llegaron de pronto a un lugar oscuro y húmedo donde se empezaba a divisar grandes champiñones que se alzaban con sus sombreros, estos parecían que llegaban hasta el cielo, y con un poco de ayuda de la oscuridad parecía que brillaban con colores fuertes y vistosos. Era un espectáculo que maravillaba a todo ser sin importar las veces que lo vieran, y estos gnomos no eran la excepción, aunque lo habían visto cientos de veces no podían creer lo sorprendente de aquel espectáculo colorido.

Pronto empezaron a trabajar, Pleysho sacó una gran sierra con dos mangos con la cual empezaron a cortar los hongos más pequeños, sin darse cuenta que alguien o algo los estaba espiando. Carleen sintió un escalofrío que bajo por todo su cuerpo, y aunque se sentía seguro con su esposo, no podía dejar de notar un ambiente pesado en el lugar. Normalmente los duendes no atacaban en la noche como la cultura popular lo creía, por lo contrario eran seres holgazanes que preferían

dormir todo lo que podían y al medio día salir a buscar lo que necesitaban, pero este no fue el caso.

Cuando estaban a punto de cortar el champiñón que se llevarían, varios sonidos empezaron a escucharse alrededor de la pareja, Pleysho que siempre cargaba un pequeño trozo de vidrio en forma de cuchillo cuando salía cosechar, tomó el vidrio y la mano de su esposa para poder defenderla.

— Quédate detrás mío — le dijo el gnomo a su mujer mientras varios duendes, que habían salido de la oscuridad del bosque, se acercaban a ellos. Pleysho intentó ahuyentar a los duendes atacandolos como podía, pero eran demasiados y no podía protegerse a sí mismo mientras protegía a su amada.

Todo se silenció cuando se escuchó el crujido del hongo que no habían terminado de cortar empezó a caer, los duendes trataron de huir pero el gran tronco del champiñón podría aplastarlos a todos en un instante. Pleysho solo intentó correr con Carleen pero la caída fue tan fuerte que perdió la consciencia.

Los primeros rayos del sol despertaron al gnomo que sintió un gran dolor en su cabeza, al intentar observar su alrededor, supuso que varios duendes habían huído pero a otros se los notaba debajo el gran hongo. Al instante reaccionó buscando a Carleen, la desesperación con la que la buscaba causó que se lastimara los dedos intentando mover el hongo. Cuando estuvo a punto de perder la esperanza, escuchó el débil llamado de su esposa.

— Viejo, necesito que te acerques — pudo escuchar Pleysho al otro lado del sombrero del hongo que empezaba a perder su brillo.

El gnomo rompió a llorar al ver en el estado que se encontraba su amada, sólo podía observar lo herida que se encontraba Carleen, la parte inferior de su cuerpo se encontraba debajo del sombrero del hongo y la gnomo solo podía levantar su brazo.

— Fueron hermosos nuestros años mi viejito, tranquilo sé lo que viene ahora y me voy feliz — Pleysho sostenía la mano de Carleen mientras ella le hablaba con un rostro lleno ternura y lágrimas

en sus ojos. — Lo siento por no poder prepararte las galletas que tanto amas una vez más, pero te estaré esperando para dartelas una vez más —.

Con sus últimas palabras, Carleen usó su magia para disminuir el dolor que le causaría su muerte a Pleysho, pero ni toda la magia del mundo podría calmar el dolor que sentiría de ahora en adelante.

El tiempo pasó y el gnomo se acostumbró a vivir en soledad, se levantaba cuando los rayos del sol tocaban su rostro y desayunaba las frutas que arrojaban por accidente una pareja que empezó a vivir en la vieja casa que se encontraba encima de su hogar. Trataba de no ser visto, pero dejaba las cáscaras a propósito en el piso de casa como castigo cuando no lo dejaban dormir.

Una mañana antes de que saliera el sol, Pleysho sintió un olor familiar muy cerca de él, desesperado corrió a la cocina sin encontrar nada en el oscuro lugar. Triste, decidió subir en busca de frutas para su desayuno, pero al entrar en la cocina pudo observar un pequeño plato de galletas y un envase lleno de leche. Con lágrimas en sus ojos recogió una galleta del plato y cuando estuvo listo para comérsela, escuchó la voz de un hombre gentil detrás de él.

— ¿Cómo te llamas pequeño Señor Pedazo de Cáscara?

— Pleysho... Pleysho Guntherdin.



Licencia del cuento y la ilustración



Atribución—SinDerivadas: Esta licencia permite la redistribución, comercial o no comercial, siempre y cuando la obra circule íntegra y sin cambios, dándole crédito a usted.

"Me gustó la licencia CC BY—ND porque me grada el hecho de que no se pueda modificar la obra original, en muchos casos la ilustración al ser un producto gráfico se puede apreciar los sentimientos del autor en el producto y mientras menos se modifique es mejor. Aunque la parte lucrativa es importante para trabajar no me importaría que se pudiera usar una ilustración mientras que se nombre al autor.

La licencia CC—BY—NC—SA no llegaría a usarla porque restringe un poco la creatividad de las personas que admiran una obra y quieren hacer honor a esta, hablando de mayormente de una obra literaria. Y aunque la verdad no entiendo al 100% el uso de las licencias CC, sirven de mucho para gente que se está iniciando en el dibujo o ilustración que quiere hacer fanart de su personaje favorito, o de una gran obra literaria.

Usaría la licencia de dominio público si la gente conociera mi trabajo, ya que un fan art o una adaptación sería reconocida al instante, pero para darse a conocer tienes que decir tu nombre en las obras para que la gente reconozca tu estilo o el título de tu obra en el caso de un trabajo literario".

Nunca toques las galletas (arreglo)

María Isabel Guayasamín Muñoz

Leonor, una ecuatoriana de nacimiento, vivía en la soleada California desde los veinte años, donde fue a estudiar con una beca y luego se quedó a vivir allí, se casó a los veinte y seis, obtuvo su título de Psiquiatra Clínica, tuvo dos hijos de este matrimonio, Elisa de nueve y Benjamín de siete, a los ocho años de estar casada se divorció.

Ella tenía por costumbre una vez al año traer a los niños en el verano a su tierra natal Ecuador, para visitar a sus abuelos, con su madre tenía una buena relación, pero con su padre nunca fluyó muy bien. Desde que ella tenía quince años nunca encontraba temas de conversación con él, pues era demasiado soñador e idealista y eso para ella no era admisible porque su personalidad era pragmática, esquemática, ilógica y algo cínica.

Antes del verano del dos mil diecisiete, Leonor recibe una llamada de su padre, que le parece inusual, pues él nunca la llamaba, era para decirle que vinieran, que ya eran dos años que no les había visto y que extrañaba mucho a ella y a sus nietos, a lo que Leonor accede, pero de mala gana, y le dice que sí, que este verano sí vendrían a visitarlo. Inmediatamente les conto a los niños, ellos brincaron de felicidad, pues deseaban mucho ver al abuelo Efraín a quien querían mucho, ya que Clarita su abuela había fallecido cuatro años atrás con un cáncer fulminante.

Llego el día tan esperado por los niños y emprendieron el viaje hacia Ecuador, a su llegada Leonor no dejó de sentir nostalgia por su tierra, pero aun así no estaba del todo conforme con este viaje, no sabía lo que le esperaba, con el ceño fruncido conducía un auto que había rentado en el aeropuerto. Habiendo atravesado toda la ciudad, por fin llegaba a la carretera que la llevaría a la casa de su padre en una remota localidad de la sierra en las montañas, pero su destino final no le entusiasmaba en lo absoluto. En la radio ya escuchaba la música que le traía buenos y malos recuerdos de su juventud, mantenía muy bajo el volumen pues en el asiento trasero Elisa y Benjamín dormían plácidamente.

De vez en cuando los miraba por el espejo retrovisor, ellos eran su adoración y desde su divorcio trataba de suplir de mil formas lo que ella consideraba un “ vacío emocional” en ellos, su formación como Psiquiatra Clínica le había vuelto analítica al extremo por esa razón no estaba muy feliz con aquel viaje, no creía que Efraín, su padre, fuese una buena influencia para los niños, le parecía un anciano excéntrico algo irresponsable y medio loco a pesar de su dulzura y su buen sentido del humor.

El viejo Efraín solo sabía contar historias fantásticas y fumar tabaco en su pipa de marinero. Diez años atrás cuando se jubiló de su trabajo de restaurador y curador de obras de arte, empezó a vivir de las rentas de una de sus propiedades y se dedicó a su gran pasión que era la pintura. La pequeña casa campestre en donde vivía ahora fue adquirida con la finalidad de que sea una especie de santuario en donde encontraba la inspiración para sus obras, y su esposa Clarita, que sin duda lo amaba, siempre lo apoyo en sus excentricidades y lo acompañó sin reparos a aquel paraje de la gran ciudad.

Cuando Clarita murió, el viejo se lo tomó con bastante calma, pese a haber estado casada por más de treinta y siete años, algo inentendible para parientes y allegados, y para Leonor que de todas formas intento acercarse a su padre, luchando contra sus propias ideas.

Con algo de culpa Leonor pensaba que la visita al viejo Efraín había sido aplazada, pues no le había visto en los dos últimos años, y los chicos, por alguna razón que ella no comprendía, adoraban a su abuelo. Desde la adolescencia había rechazado la personalidad excéntrica y fantasiosa de su padre y para colmo de la ironía era eso lo que les parecía encantador a sus hijos.

Ahora que Leonor era adulta y que ella misma había fracasado en su matrimonio, tenía que admitir que, pese a su viudez y soledad, su padre parecía un hombre feliz y le incomodaba la idea de que tal vez pudiese aprender algo de él, porque ella no era una mujer dichosa, por el contrario, estaba llena de resentimientos y vacíos.

Por otro lado, había cosas que para ella eran inadmisibles, por ejemplo, consideraba una amenaza la forma de ver el mundo que tenía su padre, tan descompilado y relajado como un jovencito, pese a tener más de setenta años, no obstante, el amor que sentían sus hijos por el viejo, un amor mutuo, le obligaba a ser tolerante y pasar unos cuantos días de visita en su rustica vivienda.

Leonor, todo el camino venía pensando mientras conducía, venía inmersa en estas reflexiones, cuando diviso a unos cuantos metros delante, los carteles que daban la bienvenida al poblado de Machachi, atravesando el pueblo llegó a un camino vecinal empedrado que conducía hacia un bosque cercano, donde el viejo tenía su casa, después de unos diez minutos por aquel camino cercado a ambos lados por cipreses y pinos gigantes, llegó a un claro, en el medio del cual se levantaba una amplia vivienda de un solo piso, construida totalmente en madera y piedra, con unos exquisitos acabados rústicos que le daban la apariencia de la típica casa de los cuentos de hadas, “ como se ve la mano del artista Efraín en esta construcción”, pensó Leonor.

Cuando ella aparcó su auto, vio al viejo muy sonriente que les saludaba con la mano, sentado en su mecedora en el porche de su casa, con su pipa en la comisura de su boca, sus barbas grises y puesto su sombrero de fieltro echado para atrás enmarcando sus enmarañados y blancos cabellos, bastante largos para el gusto de Leonor. Él ya los estaba esperando, ahora recordaba Leonor que su padre siempre sabía cuando iban a llegar, aunque nunca se lo avisaba con antelación, y esa era su mayor excusa para negarse rotundamente a usar un teléfono celular, aduciendo que era un aparato innecesario y que además generaba dependencia, lo cual no era del todo descabellado, esta vez, Efraín sabía y con más seguridad de que vendrían, por la llamada que él le hizo hace unos meses a Leonor por esta única vez desde un teléfono público en el pueblo.

Apenas apago el motor del auto Leonor volteó hacia el asiento trasero y muy suavemente dijo, despierten, despierten pequeños holgazanes, que ya llegamos. En cuanto abrió los ojos Benjamín emocionado preguntó, ¿dónde está el abuelo?, quiero entregarle las cartas que le escribimos dijo Elisa, pero primero por favor pónganse las chaquetas antes de bajar porque afuera está muy frío, pero mami, nosotros no sentimos frío dijo Benji, pero vamos, quita ya el seguro de las puertas que quiero ir a abrazar al abuelo, suplico Elisa, a Leonor no le gustó mucho ver como sus hijos se entusiasmaron con su padre, en fin, algún día tendría que aceptar que el viejo tenía su encanto.

Dejó que los niños bajen del auto y miró con algo de celos como abrazaban a Efraín, pero más le molesto que tenga su pipa encendida mientras los niños se aferraban a sus piernas, ella bajo del auto y se aproximó a su padre con una sonrisa fingida.

—Hola papa, ¿cómo estás?

Encantado de que hayan venido, les estaba esperando, ¿de verdad?, siempre dices lo mismo, seguramente por eso estas fumando, dijo Leonor con sarcasmo, me parece que el humo del tabaco no hace mal a los niños, tú te preocupas demasiado hija mía contesto el viejo sonriendo, ignorando el ataque, te aseguro que allá en California estos pobres muchachos respiran más humo que aquí ¿verdad? Leonor no supo que contestar, pero pensó, posiblemente el viejo tenía razón, pero por aquella actitud conciliadora y noble que tenía su padre, siempre lograba desarmarla, pese a su falta de afinidad ella no podía recordar que hubiesen discutido alguna vez y meneando la cabeza en silenciosa reprobación, siguió a su padre y a los niños hacia el interior de la casa.

Dentro de la vivienda bañada por una penumbra sedante, todo se veía ordenado y limpio, daba la sensación de que el tiempo no pasaba entre aquellas paredes, tenía una pequeña cocina en donde invadía el olor exquisito de un café recién pasado, junto estaba un comedor y una salita con rústicos muebles, una gran puerta corrediza separaba estos espacios sociales de un gran salón central, que al abrir sus puertas esta vez emanaba un penetrante olor a pintura, madera y humedad, pues claro, era el estudio de pintura de Efraín, donde docenas de cuadros de paisajes, hadas y elfos se apilaban en perfecta simetría en las tres paredes.

El caballete donde se encontraba una pintura a medio terminar, ocupaba el centro del estudio, justo debajo de unos grandes tragaluces que llenaban de luz natural toda la estancia. Los niños se pusieron frente a la obra inconclusa y la miraron detenidamente con gran curiosidad y admiración. En el lienzo estaba un gran hongo de colores rutilantes sobre un verde prado, como si fuese un gran árbol que presta su generosa sombra para descansar, al pie del hongo se veía un ser regordete, vestido con un ceñido jubón y unos pantalones apretados, con los pies muy grandes y descalzos. Un sombrero, que parecía elaborado con la misma tela del traje, tenía su cabeza agachada y no dejaba ver sus ojos, tan solo se distinguían unas grandes orejas puntiagudas dobladas hacia los lados por el ala del sombrero y una larga barba pelirroja de cuyo centro salía una larga pipa con un gran hoyo humeante.

— ¿Que estas pintando abue?, pregunto Benjamín.

— Es un retrato de mi “inquilino”.

— ¿Que es un inquilino abue? Pregunto Elisa.

— Es una persona que vive en tu casa, pero tiene su espacio y comparte obligaciones contigo.

— ¿Y porque tiene los pies tan grandes y las orejas en punta?

- Porque no es una persona como tú o como yo, él es un gnomo.
- ¿Un qué?... Pregunto el niño.
- Es un tipo de duende, un ser elemental que vive en algunos lugares del bosque y dentro de una casa tranquila.
- ¿Es como el papa Pitufo? Pregunto Benjamín dando brincos.
- Pues sí, algo así, respondió Efraín sonriendo.
- ¿Y tiene nombre?
- Por supuesto, yo lo llamo Pedazo de Cascara.
- ¿Y porque lo llamas así?
- Por la costumbre que tiene de robarse las frutas y dejar los pedazos de cascara por toda la casa, bueno eso fue al principio, cuando recién nos mudamos acá, la abuelita lo vio un par de veces salir de la cocina, la primera vez robando una mano de plátanos y la segunda se llevó sobre su espalda toda una sandía, la viejita se asustó un poco y desde ahí andaba por todas partes armada con una escoba, dispuesta a acabar con el pequeño intruso.
- ¿Y qué paso? Se interesó Elisa.
- Con el tiempo descubrí que, si le dejaba un poco de comida en un plato, el Señor Pedazo de Cascara dejaba de hacer sus travesuras, es más, encontrábamos que a cambio de la comida el dejaba toda la casa en orden mientras nosotros dormíamos por la noche.
- ¿Y la abuelita ya no le tenía miedo?
- Con el tiempo se dejó ver, se hizo nuestro amigo y nos dijo que se llamaba Pleysho Guntherdin, pero que a él si le gustaba el nombre que le pusimos, y aunque era medio cascarrabias resulto ser muy colaborador en las tereas de la limpieza y orden de la casa y por eso se llevaba de maravilla con la abuelita, y cuando ella se fue al Cielo, el me ayudo con sus poderes mágicos para que yo no muera de pena por su partida.

Hasta ese momento Leonor había escuchado la historia que contaba el viejo Efraín, asombrada y temerosa pensaba, “mi padre creo a este ser a su imagen, la misma barba, fuman en pipa, usan un sombrero muy parecido, en lo único que se diferencian es en la estatura, pero, ¿será su otro yo, su compañía en esta soledad en la que vive?”, pero cuando menciono la muerte de su madre, reacciono muy molesta, pues ella no había superado todavía aquel tema.

- Ya basta papa! Los niños no necesitan tener en sus mentes tus fantasías, y no mezcles en eso a mí mama, reclamo con dureza.

— Pero si todo lo que les cuento es cierto hijita, palabra por palabra, respondió el viejo con una inocente sonrisa, tu mama se hizo muy amiga del Señor Pedazo de Cascara y de otros como el, que viven en el bosque.

— En serio papa que a veces me asustas, creo que llegas a convencerte de tus propias fabulas, por favor, date cuenta que tus nietos son muy influenciables y todo lo creen.

— ¿Creo que decirles la verdad a Benji y a Eli no les dañara en lo absoluto, y si quieres se los puedo presentar mañana, solo deja que les conozca un poco más, están de acuerdo niños?

— ¡Si!, gritaron a dúo.

Los dos pequeños aplaudieron con entusiasmo ante la idea de conocer en persona a un gnomo, ya que solo los habían visto por televisión en los dibujos animados, Leonor por su lado estaba furiosa, su mente racional y adulta no podía permitir que las fantasías de su padre se le salga de las manos, podía afectar la psique de sus hijos, ya que ellos creían fielmente en las palabras del abuelo, Y como evidentemente aquel ser era producto de su imaginación tenía que proteger a los niños de la decepción y desencanto que sentirían al reconocer que el viejo no era más que un mitómano consumado y que había pasado demasiado tiempo solo en aquella casa en medio del bosque.

— Está bien papa, como quieras, dijo en un intento de evitar una pelea innecesaria con el viejo, después de todo ellos acababan de llegar y pensaba quedarse algunos días, así que, mejor sería empezar bien su estancia en esa casa, Leonor animo a sus hijos a desempacar sus cosas y a acomodarse en la habitación compartida que usaban siempre que llegaban de visita. El viejo no le dio importancia a la confrontación y fue con sus nietos para ayudarles, Leonor no pudo más que admirar la capacidad que tenía su padre para minimizar situaciones de tensión.

Aquella tarde y noche estuvieron ocupados preparando su estancia en la casa, también fueron al pueblo para hacer unas compras de víveres, a Leonor le pareció extraño y un poco exagerado, que Efraín comprara muchos paquetes de galletas de avena, ¿serán para los niños? Pero es mucho pensó. De regreso jugaron monopolio y naipes, comieron perros calientes, se rieron mucho y Leonor al fin se pudo relajar, cuando ya se hizo tarde, el abuelo dijo a los niños, vayan a dormir pequeños, porque mañana muy temprano saldremos de paseo al bosque, y espero que pueda presentarles al Señor Pedazo de Cascara, los chicos se acostaron muy felices. El viejo y su hija, se sentaron en la pequeña sala a disfrutar del café recién pasado y de una charla liviana al calor del fuego de la chimenea.

En mitad de la conversación, Efraín pareció recordar algo y le dijo disculpa querida, tengo algo que hacer espérame un momento aquí que quiero revelarte algo, y si quieres, puedes acompañarme, el viejo se levantó de su silla y fue hasta la cocina, Leonor algo intrigada lo siguió sin decir palabra y vio como su padre puso leche en una pequeña taza y en un plato colocó cuatro galletas de avena sobre las que espolvoreó chocolate, puso todo en el piso de la cocina, en la esquina más lejana.

— ¿Que estás haciendo papa? Pregunto incapaz de contener una risa burlesca.

Estoy atendiendo al Señor Pedazo de Cascara, para que cuide de los niños y de ti, creo que estas muy triste y un poco de magia te aliviaría, no me queda mucho tiempo en este mundo, por lo que te ruego que aceptes su amistad, él tiene la facultad de transformar las lágrimas en risas, por favor no digas disparates papa, tu estas más sano que todos nosotros y no te vas a morir y te ruego no intentes hacerme participe de tus excentricidades, yo no soy igual a mama.

Desde luego que no querida, ustedes dos no son iguales, a diferencia de ella, tú no puedes ver nada más que lo que está al frente de tu nariz y te pierdes la parte más sutil y maravillosa de la vida, pero igual te amo incondicionalmente, al igual que a mis nietos. Leonor estaba estupefacta, pensaba que era la más cuerda de esa familia, y allí estaba el viejo insinuando que era ella la equivocada y miope, realmente su padre debía estar senil, tal vez no ha sido buena idea traer a los niños sin verificar el estado mental de Efraín, pero por el momento le seguía la corriente.

Está bien papa supongo que sabes lo que haces, así es querida, pero debes escucharme con atención, el Señor Pedazo de Cascara ha vivido en esta casa desde siempre, para el nosotros somos los intrusos, por lo que tenemos que ser siempre muy amigables, te aseguro que no querrás conocer la ira de un gnomo doméstico, a lo que respondió Leonor, y en el supuesto no consentido caso de lo que me dices sea cierto, ¿cómo se supone que mantendré en paz a tu duendecillo?

Solo debes darle de comer por las noches, le gusta mucho la leche con galletas, por eso traje muchos paquetes del mercado, ¿recuerdas?, y si no haces esto, te llenara la casa con cascara de frutas medio masticadas, y si está contento te arreglara la casa con impecabilidad y es posible que te de algún obsequio hecho con sus manos, y siempre cuidara de ti y los niños, y recuerda... ¡Nunca toques sus galletas!

Está bien papa hare lo que me pidas y veré también que los niños no tomen de esas galletas de avena, pero ahora quisiera que regresemos a la sala y tomemos ese café que hiciste, además me dijiste que querías revelarme algo, ¿de qué se trata papa?, Lo más dulce y conciliadora posible, Leonor sentó a su padre en un sillón y se dispuso a escucharlo sin importarle el tema que escogiese, pero Efraín quería hablar de la muerte, aparentemente el viejo estaba convencido de que su final inminente estaba cerca, le hablo a cerca de las visitas que recibía últimamente del fantasma de su amada Clarita, y que le había anticipado que se unirían pronto.

Leonor trato de no darle demasiada importancia a lo que su padre afirmaba y llevo la plática por otro rumbo, papa tu querías decirme algo, que es?, Efraín tranquilo pero apesadumbrado, le dijo, hija, no había querido decirte esto, tu eres mi única hija y te amo por sobre todas las cosas y tampoco quería atormentarte con mis problemas, pero... a ¿qué te refieres papa? Me estas asustando, contesto inquieta Leonor.

Mira hija, hace unos años me hice unos chequeos médicos porque padecía de una tos muy persistente y a veces hasta me faltaba el aire, desgraciadamente los resultados arrojaron que padezco de un cáncer de pulmón que ya está avanzado, Leonor visiblemente inquieta y asustada, le dijo, ¿ves papa? Cuanto te decía que dejes de fumar y claro, tu terco cambiaste el cigarrillo por el tabaco que a la larga es lo mismo, pero tenemos que chequearte nuevamente, un tratamiento, algo más papa, al ver como reacciono Leonor, Efraín dijo, no hija no llores, ya todo se ha hecho, yo ya he vivido lo suficiente y he sido muy feliz, hubiera querido que tú y los niños estén siempre conmigo, pero tu escogiste vivir allá y está bien, gracias por visitarme cada verano, yo siento ya el llamado de tu madre y estoy listo, de verdad no le temo a la muerte.

Leonor dejo caer la taza de su mano y se derrumbó sobre el sillón, se quedó paralizada y sin habla, por un buen rato, unos minutos después, Efraín poso un beso cariñoso en la frente de Leonor y le anuncio que se iba a la cama, que había sido un día muy largo y que él ya estaba habituado a acostarse temprano para levantarse con las primeras luces de la mañana, además recuerda que prometí llevar a mis nietos de paseo al bosque.

Por su lado Leonor, visiblemente consternada y con lágrimas en sus ojos, le dijo que ella no tenía sueño y que se quedaría un rato más en la sala. Toda aquella charla le había puesto muy nerviosa estaba convencida de que su padre además de la medicina para el cáncer, necesitaba terapia

psiquiátrica urgente, era muy común que los ancianos solitarios tuviesen ese tipo de fijaciones, las visiones de los seres amados e incluso amigos imaginarios con orejas puntiagudas, además no ha de ser nada fácil sobrellevar esta enfermedad estando tan solo.

Al día siguiente trataría de conseguir alguna medicina para su papa en la farmacia del pueblo, tenía su carne de psiquiatra por lo que no habría problema en conseguirlos. Leonor no supo en qué momento se quedó dormida en el sillón, después de haber pensado y llorado mucho, despertó a la madrugada y vio que tenía una manta de franela sobre ella y también una diadema de flores alrededor de su cabeza, los vasos y vajilla que habían utilizado durante la cena habían sido recogidos, realmente su padre sabía tener detalles muy originales pensó. Fue a su cuarto y se acostó, pero no pudo pegar los ojos, apenas al amanecer pudo dormir un poco, y cuando ya estaba muy claro se despertó sobresaltada, un agradable olor a café, y pan tostado dominaba el ambiente, “papa no se cansa, tiene una vitalidad asombrosa a pesar de su enfermedad, madruga a cocinar, voy a ayudarle pensó” mientras se ponía una salida de cama. Todavía medio dormida por la mala noche y tanto llanto, arrastro sus pies hasta la cocina, donde encontró a su padre como el hombre más saludable de la tierra y sus hijos desayunando, leche fresca recién ordeñada que conseguía de una finca cercana, huevos revueltos producto de unas diez gallinas que tenía Efraín en un pequeño corral, la fruta de temporada que nunca faltaba en casa, y por su puesto el pan recién horneado de la panadería del pueblo.

El viejo impaciente y feliz replico, vístete hija, vamos al campo, los niños ya están listos y esperando, Leonor visiblemente cansada dijo, no papa vayan ustedes yo casi no dormí estoy cansada y no podría dar un paso ¿tú me comprendes verdad?, mañana si les acompaño, pero por favor papa no les asustes a los niños con tus cuentos de duendes y aparecidos, no vayan muy lejos y no se demoren mucho, ok, contesto Efraín. Los tres partieron emocionados a lo que se supone sería el encuentro con el Señor Pedazo de Cascara.

Leonor en cambio se quedó inquieta preguntándose si hizo bien en dejarles ir solos, y si le pasa algo a papa? Pero también quería dejar que su padre disfrute de lo que a el mucho le gustaba y más si esta con sus nietos queridos, tal vez sea la última vez. Ella estaba segura que no iban a ver a ningún gnomo, acaso verán solamente conejos y muchas aves del sector.

Efraín los llevo por un sendero muy verde con muchos árboles de pino, eucaliptos y cipreses que servían de límites con los terrenos aledaños, hasta que llegaron frente a un gran ciprés hermosamente podado en forma de hongo, Benji y Eli gritaron, ahí, ahí está el árbol del cuadro, se sentaron al pie, se quedaron inmóviles, no quitaban los ojos de él, con la esperanza de ver al Señor Pedazo de Cascara, pero fue inútil, nunca apareció.

— Abuelo, y ¿dónde está tu amigo? Ya estamos mucho tiempo aquí y aun no aparece, a lo que el viejo contesto, creo que hoy no hemos tenido suerte, algunas veces es muy receloso y no le gusta que lo vean, vámonos que es tarde y su mama debe estar preocupada, mañana, pasado mañana y todos los días volveremos hasta que él se anime a aparecer. Transcurrieron cinco días de paseos, juegos, mucha comida y de ninguna aparición del gnomo.

Por su parte Leonor sufría mucho porque ya llegaba el día de regresar a California, y ahora si tenía mucha pena de dejar a su padre en esas circunstancias, solo y con su enfermedad que, si era de mucho cuidado, ella intento muchas veces convencerlo de que regrese con ellos, pero se negaba rotundamente a salir de ahí, pues ese lugar amaba mucho y era ahí donde quería morir.

Era la última noche que pasaría con su padre porque al otro día por la noche partirían, Leonor después de mandar a los niños a la cama pidió a su padre que se sentaran a charlar y tomar una jarra de vino hervido frente a la chimenea como lo hacían todas las noches, mucha platica, muchos consejos y recomendaciones de Efraín hacia Leonor, como si fuese la última vez que se verían, cuando se acercaba la media noche, Efraín visiblemente cansado dijo hija ya tengo sueño y me voy a dormir, abrazo y beso a su hija y se fue a la cama no sin antes dejar como todas las noches la leche y galletas para su “inquilino”.

Leonor hizo lo mismo, pues al otro día tenía que empacar para su viaje, fue hasta la cocina, bebió un poco de agua y entonces miro los platos con leche y galletas en el piso, los levanto y puso sobre el mesón de la cocina. Fue a su cuarto y se durmió en seguida, ya empezaba a clarear cuando despertó nuevamente sobresaltada, esta vez un pugnante olor a tabaco le produjo comezón la nariz, “papa es incorregible también madruga a fumar y dentro de la casa, no respeta a sus nietos que dice querer tanto, y mucho menos respeta su enfermedad, pero hoy me va a escuchar pensó muy molesta mientras se calzaba las zapatillas.

Todavía somnolienta fue hasta el dormitorio de su padre y en la media luz que apenas entraba por las persianas vio que todavía estaba acostado, le hablo pero el viejo no despertó, Leonor lo sacudió y lo sintió helado, con la mano temblorosa encendió la luz de la lámpara y vio que estaba lívido con una serenidad sin par, su rostro hundido en el sueño eterno, las cartas que Elisa le entrego cuando llegaron y un viejo retrato de su amada Clarita sostenía en sus manos muy cerca del corazón, aparentemente había muerto hacia unas tres horas.

Leonor cayo de rodillas junto al lecho de su padre, lloro y en silencio pidió perdón a aquel hombre que nunca pudo entender ni amar como se merecía, ella pensaba “como él supo y pudo presentir su muerte” que hasta insistió que vinieran, y hoy si me alegro haberlo hecho y sé que por lo menos murió feliz y en compañía de su familia a la que tanto quiso.

Con el corazón encogido salió de su cuarto pensando en cómo les diría a los niños que su abuelo querido se había ido, entonces volvió a sentir el humo de tabaco muy persistente, el olor venia de la cocina, intrigada fue hasta allí y encendió la luz, entonces vio sentado en el mesón junto a los platos que ella había levantado la noche anterior, al hombrecillo de apariencia estrafalaria que su padre había pintado en su cuadro, aquel ser tendría unos treinta centímetros de estatura, y esta vez estaba sin sombrero, las grandes orejas, las cejas larguísimas y las pobladas barbas, recordaban la cara de un perro Schnauzer, lo poco que se veía del rostro a través del hirsuto pelaje estaba surcado por cientos de arrugas, y sobre las pobladas barbas pelirrojas se veían migajas de galletas y unas cuantas gotas de leche, Leonor estaba inmóvil, temblando, muy suavemente avanza a decirle, Señor Pedazo de Cascara usted también vino a despedirse de mi padre?, y sacudiendo la cabeza pensó, pero, a quien le hablo?, será que yo también estoy loca? que ya estoy viendo visiones, pero el hombrecillo sin decir nada, salto del mesón y en precipitada carrera desapareció, dejando solamente una estela de humo.

Al cabo de dos días después de haber dejado a su padre en su última morada junto a su amada Clarita, Leonor se disponía a salir ya para el aeropuerto, “niños vayan al auto, mientras yo aseguro la casa para marcharnos, exclamo, con mucha pena recorrió todos los rincones de la casa, fue hasta la cocina con la idea de tomar un paquete de galletas de avena para darles a los niños durante el viaje, y, aunque recordaba lo que su padre le dijo respecto a las galletas, pensó, si tomo un paquete no va a pasar nada, y cuando estaba por abrir la alacena sintió un frio espeluznante que invadió su cuerpo, se quedó paralizada, lentamente miro atrás y ahí estaba parado el gnomo,

mirándola con ojos desafiantes, llenos de ira, y lanzando al aire una gran voluta de humo de su larga pipa, miro con rostro severo a Leonor y con una voz chillona y disonante le grito enfadado, NUNCA....PERO NUNCA...TOQUES MIS GALLETAS..!

Licencia



Atribución—NoComercial—SinDerivadas: Esta licencia es la más restrictiva de nuestras seis licencias principales, permitiendo a otras sólo descargar sus obras y compartirlas con otras siempre y cuando den crédito, pero no pueden cambiarlas de forma alguna ni usarlas de forma comercial.

"El arte es para todos, sin embargo este debe ser reconocido en todo momento para su autor, y el es el único que podría lucrar del mismo".

Cocinar

Alfredo Sebastián Cárdenas Medina

Rogelio conducía solo esta vez, todo le parecía nuevo en la carretera, demasiado letrero en el camino anunciando distinto tipo de comidas y potajes: fritadas, chocolates calientes, hornado, queso fresco, helados; entre todos ellos amontonados y desordenados, por culpa de esto casi perdió de vista el letrero que le daba la bienvenida a Machachi, un cartel metálico torcido y oxidado, casi había que leerlo torciendo la cabeza.

Pasaron tres años desde la última vez que visitó a Efraín, el viejo alegre, descomplicado, sencillo y sereno, al cual pensó nunca más volver a ver, desde que se divorció de su hija, Leonor.

Leonor, era tan distinta a su padre, en su manía por racionalizarlo todo, terminaba siempre por complicar las cosas, la situación más simple podía transformarla en un torbellino de argumentos y simbolismos, que de una u otra manera terminaban convirtiéndose en un problema que debía arreglarse, todo debía ser simple con ella pero nunca sencillo.

Aunque, cuando se conocieron en la universidad, era esta capacidad de encontrarle un trasfondo a todo, lo que sedujo en gran parte a Rogelio, para él, esto era la representación de su agudeza mental. Él la admiraba, respetaba mucho su inteligencia, y en el fondo extrañaba las tardes en California, donde sentados frente al mar, armaban y desarmaban casos de pacientes inventados, inexistentes, “jugando al psiquiatra con seres imaginarios, vaya ironía”, decía él en son de broma para molestar a Leonor.

Cuando conoció a Efraín, su suegro, el viejo fantasioso que todo el tiempo relataba historias increíbles de seres mágicos, “de mundos invisibles a los ojos comunes y las mentes cerradas”, como solía decir, comprendió porqué esta broma la molestaba tanto, mientras su padre reforzaba lo etéreo, ella se empeñaba en lo tangible.

A veces pensaba que a Efraín le faltaba un tornillo, y otras veces pensaba que era un tipo sabio, por dedicar su vejez a jugar, a inventar, a colorear, a saborear la vida, ya sea a través de las bocanadas de humo de su pipa, la jarra de vino hervido antes de acostarse, o un plato colmado de galletas que nunca faltaban en su mesa. ¿Qué es la vida sin esos pequeños pero importantes placeres? Terminaba siempre preguntándose.

Parte de la excentricidad de Efraín incluía el desagrado por el uso de los teléfonos celulares, pero esta vez se pasó de la raya, hace un mes y medio que no sabía nada de Leonor, ni de sus hijos Elisa y Benjamín, nunca antes permanecieron tanto tiempo sin hablarse, ni en las épocas más duras del divorcio. Así que aprovechó sus vacaciones de verano en Ecuador, país del cual él también era oriundo, para visitar a sus hijos en la casa de su abuelo.

Pasando el pueblo de Machachi, el camino vecinal que conducía a la casa de Efraín, perdía luz y se convertía casi en un túnel gracias a las copas de los árboles que se estrechaban por encima del sendero, la última vez que atravesó esta ruta, Elisa y Benjamín cantaban alegres una canción que les enseñó su abuelo:

Harina de cerdo peludo
Pestaña de un águila arpía
Canilla de un sapo lanudo
La oreja de un cuervo en vigía
Libertad, libertad, es ponerse a cocinar
Libertad, libertad, es el secreto guardar
Corteza de un molle barbudo
Disuelves la avena en lejía
Amarras todo en 6 nudos
Lo hierves todo en dos días
Libertad, libertad, es ponerse a cocinar
Libertad, libertad, es la receta ocultar
Al horno sin torcer los ojos
Y aprietas bien la barriga
Cocoa pones en polvo
Y sirves con leche muy fría
Libertad, libertad, es ponerse a cocinar
Libertad, libertad, mil galletas preparar.

La cantaron tantas veces, que hasta él mismo terminó por aprendérsela. Nunca entendió el sentido de la canción, tampoco creyó que fuera necesario realizar alguna interpretación, la letra divertía a los niños y para él esto era suficiente.

Al llegar a la casa de Efraín, todo era silencio, nadie salió a recibirlo, esta vez, no se escuchó el ladrido de un solo perro anunciando su llegada. Apagó el auto y se dirigió hacia la enorme puerta

de madera, antes de que pudiera golpearla, descubrió que estaba abierta, ingresó a la casa rápidamente, empujado simplemente por su instinto, sin pensar en nada. Adentro, la casa era un completo desastre, los muebles dados vuelta, la cocina sucia, adornos rotos por todas partes, el olor era nauseabundo.

Recorrió una a una las habitaciones, todo era caos, y solo hasta que encontró el cadáver putrefacto de Efraín aún postrado en su cama, se dio cuenta de la magnitud de los hechos, no había señales de su familia, el terror se apoderó de él, no lograba entender nada y justo cuando el miedo comenzaba a paralizarlo, encontró una nota pegada en la chimenea, que decía:

Los tenemos, se acabaron las galletas, queremos la receta.

Atentamente: Playsho Guntherdin

Licencia



Atribución: Esta licencia permite a otras distribuir, remezclar, retocar, y crear a partir de su obra, incluso con fines comerciales, siempre y cuando den crédito por la creación original. Esta es la más flexible de las licencias ofrecidas. Se recomienda para la máxima difusión y utilización de los materiales licenciados.

"Es importante que el conocimiento, las ideas, el arte, se encuentren al alcance de todas las personas. Las sociedades crecen más cuando se comparte el conocimiento, cuando las puertas están abiertas. He elegido la licencia CC BY 4.0 Internacional, porque tengo un profundo interés en difundir lo que he escrito, el criterio de "reconocimiento" es necesario para poder recibir comentarios y retroalimentación a mí o mi obra".

Guntherdin: confesiones de un gnomo machacheño

Gonzalo Andrés Cáceres Tarco

Vivir en esta casa por los últimos 75 años ha sido una experiencia no poco tormentosa. Cuando los chagras que servían a don Humberto Peñafiel la construyeron, sentí como si se tratara de un castigo que los más viejos del clan me encargaran su cuidado. Lo mío era habitar el bosque, pero desde el incidente del disparo —cuando Tirsalgé fue herido con escopeta por ayudar a ordeñar las vacas durante la madrugada— pensé que era mejor idea permanecer bajo techo y no acercarse al ganado. Distante de la casa principal y levantada sin propósito aparente, la casa me enseñó que las personas de vez en cuando hacen cosas *porque sí*.

Sin embargo, mi solitaria estancia duró solo un par de meses. Sarita, la mayor de las hijas de don Humberto, se mudó a la casa con un hombre a quien no había visto antes en los alrededores. Luego de escabullirme entre las habitaciones por las noches, supe que se trataba de su esposo, que se llamaba Aparicio Cordobés, y que tenía por apodo “El Gordo”, gracias a su insaciable apetito. Aquí apareció mi primer problema: habitar la casa requería dotes excepcionales para comer, pues a pesar de que siempre había comida, el comensal devoraba todo lo que había a su paso. Incluso los del clan, que habitaban el bosque, empezarían a verse en dificultades, debiendo comer solamente los frutos que caían de los árboles. Su hambre superaba la espera que pide la cosecha.

No creí que sería difícil acostumbrarme a su llegada, porque Sarita —cuando niña— gastaba horas en el bosque que marcaba el límite entre el cerro y el pasto, y me invitaba todos los días a jugar a las escondidas. Imaginé que se alegraría de verme, y saber que estaba en su casa. Entonces, decidí dejarme ver una noche, pero lo único que conseguí fue despertar una triste reacción. Hinchó sus pulmones y gritó sin contenerse. Torpe por naturaleza, su marido me persiguió por toda la casa hasta que logré salir por una ventana, caminar la cornisa y llegar por un tragaluz al entretecho, que sería mi refugio mientras la pareja de esposos estaba despierta. Aprendí entonces que las personas tienen mala memoria, incluso de momentos donde aparentan ser felices.

Pasaron décadas para habituarme a una supervivencia que no me distrajera de mi labor —cuidar la casa— y que a la vez me permitiera estar a salvo y no morir de hambre. Algo que descubrí es que hacerle la vida más fácil al Gordo y a Sarita podía traerme beneficios. Levantar objetos del suelo o prevenir que alguno caiga de las repisas era objeto de alegría de la pareja, que, con el paso de los años tenía menos agilidad para ocuparse de la casa. Como premio, una vez Sarita me dejó fruta, y para dejarle saber que se trataba de mí —y no del tragón de su esposo— puse en el mismo sitio la cáscara. Desde entonces, Sarita me regala frutas según ve alguna mejora.

Cuando ya habíamos adoptado un ritmo de colaboración Sarita y yo, sucedió algo repentino —aunque esperable. El Gordo debía mudarse al nivel del mar. Según escuché, podía morir si no actuaba pronto. Fue así como, de un día para el otro, quedé solo en la casa. Incontables personas la visitaron con ofertas y me encargué de que nadie se sintiera lo suficientemente contento de comprarla. Alfombras desordenadas para tropezar, ventanas que cierran súbitamente sin ayuda del viento, lámparas que se encienden y apagan sin razón: hice todo cuanto estuvo a mi alcance para que nadie se apropiara de la casa. Al fin y al cabo, era mi labor cuidarla.

No obstante, un día que regresé del bosque con algo de comida vi que llegaron unos nuevos ocupantes: una familia de tres: Fausto, Sonia y Amaia Murillo. La pareja y su hija no traían equipaje, pero sí una cantidad de trastos como si quisieran preparar la merienda para todo Machachi. Los acompañaban dos individuos a quienes llamaban cuidadores —denominación y trabajo inútiles estando yo presente—, quienes sí se mudaron, pero a una mediagua que levantaron en apenas unas horas. A diferencia de los Cordobés—Peñañiel, los Murillo visitaban la casa solo en los fines de semana. Entonces, aprendí que en este tiempo las personas pueden ser nómadas. Si no tuviera el encargo de cuidar de la casa, yo también lo sería.

Esta nueva realidad me daba una de cal y otra de arena. Por un lado, la casa estaría sola casi todo el tiempo. Esto significaba la tranquilidad de hacer mi labor sin sobresaltos ni la necesidad de esconderme por miedo a recibir un disparo —o un grito como el de Sarita, aterradores ambos. La principal desventaja era que la comida que traían era la suficiente para comerla durante su estancia. Sabía que, si no me dejaba ver, no recibiría bocado alguno. Algo me decía que era mala idea no emplear alguna de las tácticas que ya usé con Sarita.

Los problemas no se hicieron esperar. Para comenzar, su dinámica robaba el encanto a esa casa que, por años, había sido un lugar tranquilo para vivir. Para acomodarse, cambiaron de lugar todos los muebles y acomodaron camas en otras habitaciones. Dejaron cada cosa fuera de su sitio. Como no podía mover las camas por mi cuenta, me ocupé de arreglar lo demás de lunes a jueves, pero el viernes en la tarde estaba todo nuevamente en desorden con la ayuda de los usurpadores de mi trabajo. Aprendí que las personas pueden ser obstinadas y malagradecidas, sin importar las veces que el orden correcto les fuera impuesto.

Todos esos arreglos tenían un sentido: sus visitas fueron haciéndose populosas con el paso del tiempo. En cada visita, la casa acogía a 10 personas como mínimo. Quedaban despiertos buena parte de la noche, hiciera frío o no, acompañados de bebidas espirituosas y juegos de naipes. Pero lo que nunca faltaba en sus reuniones eran las risas. No paraban de reír por motivos que yo nunca llegué a entender —por mucha atención que prestara. Aprendí cómo jugar al *Telefunken*, porque cada vez venía alguien nuevo y necesitaba explicación; en una ocasión, tomé los juegos de naipes antes de que se fueran para probarlo con el resto de mi clan en el bosque. Pero ni esa travesura los cambió de humor. El siguiente fin de semana trajeron naipes nuevos. Entonces también aprendí que las personas pueden desapegarse de los objetos fácilmente. Yo no puedo.

No había niños entre las visitas, lo cual hacía aún menos atractiva la estadía de los Murillo en la casa. Ninguna de las amistades de los Murillo parecía tener hijos, y su hija era ya una bella jovencita. Con la esperanza de que no perdiera los estribos al verme —y seguro de que no tenía armas consigo—, hice varios intentos porque me vea. En esa noche, solo logré que se confundiera con mis señales, además que sus padres supieron del asunto de inmediato. Fausto indagó un poco pero hábilmente pasé por un poco de comida antes de regresar al entretecho. Espié la conversación del grupo y su padre dijo que —sin haberme visto— sintió una presencia. Su hija dijo —Tengo miedo. Entendí que las personas le temen a lo desconocido.

Resuelto a revertir la situación, subí al bosque por consejo. Me dijeron que haga respetar mi lugar a los intrusos —así los llamaron. Los subsiguientes fines de semana me ocupé de crispar los nervios de los Murillo y sus acompañantes. Primero, abría las puertas del establo para que los animales deambulen por las noches. Pero mi competencia notaba al rato la situación y llevaba al ganado de vuelta. En las noches lluviosas, subía al techo y arrimado en la chimenea, lanzaba piedrecillas sobre el tejado. Además, ya no cambiaba de lugar las cosas que pertenecían a la casa

sino también lo que traían los visitantes. Por la comida no se preocupaban tanto porque siempre terminaban intoxicados. Recuerdo que una vez llevé unos zapatos que —en la oscuridad— me parecieron muy bonitos. Al amanecer, vi que estaban muy viejos así que los dejé en el cesto de basura. Su dueña gritó por el enojo. Quizás las personas no eran desapegadas del todo.

La alegría llegó por fin en una mañana que los Murillo invitaron a sus amigos a jugar al fútbol. Como ya era parte de su ritual, me aseguré de poner varias rocas en todo el patio donde las vacas no pastaban y que usaban como cancha. No tardó mucho uno de ellos, un tipo de nombre Balseca, en torcer su pie al correr tras la pelota y caer. Podría haber sido una situación sin mayores sobresaltos, pero su tropiezo lo llevó a golpearse la cabeza con otra roca más grande que no logró esquivar. Aparentemente su cabeza se rompió porque Balseca no paraba de gritar. Aprendí que las personas no gritan solamente por sorpresa o por coraje, sino también por dolor. Aquel fin de semana, todos se fueron con expresiones de sorpresa y preocupación.

Los Murillo visitaron la casa solo una vez más. Y fue para llevarse todos los enseres de cocina que trajeron la primera vez. Los mal llamados *cuidadores* también se fueron. Así que recobré la tranquilidad que tanto busqué. No podría estar más feliz, aun sabiendo que eso significaba menos alimentos y más visitas al bosque. Pasaron seis meses que conté día por día, antes de que la casa fuera ocupada de nuevo. Sin interés de esconderme ni pasar hambre, decidí que viviría a mi manera, sin esconderme y cumpliendo con mi mandato. Supe después que los Murillo vendieron la casa a una pareja de viejecitos afables a los que tomé cariño casi de inmediato. Aprendí que las personas pueden vender incluso cosas que no les pertenecen.

Efraín, así se llamaba el nuevo huésped de la casa, no tardó en ganarse mi aprecio. Completamente diferente al abogado Fausto Murillo, Efraín estaba dedicado a la pintura. Y aunque su esposa me persiguió en dos ocasiones por tomar la fruta que estaba en el mesón —si no es para comerla, ¿para qué está? — logramos pactar tácitamente que se me convida comida siempre que me asegure de dejar la casa impecable cada noche. Efraín y su esposa tenían más limitaciones que las que tenían Sarita y el Gordo en su época. Entonces ayudarlos era un gesto de eso que ellos mismo llamaban ‘humanidad’. Aprendí que los duendes también podemos ser humanos.

De los hombres que habitaron la casa, Efraín era el más tranquilo. Tan tranquilo era que cuando me vio por primera vez, no gritó, y mas bien saludó con la mano, se presentó y hasta me bautizó.

Me llamó Pedazo de Cáscara. Luego de haber sido ignorado por décadas, que alguien se interesara por mí al punto de darme un nombre era una felicidad indescriptible. Claro, le dejé saber que mi nombre era Pleysho Guntherdin y que tenía por encargo cuidar la casa, lo que significaba que de alguna manera estaba cuidando también de ellos. No sé si Efraín llegó a sentirse *cuidado* o siquiera *acompañado* por mi presencia. Pero cuando su compañera murió, Efraín pasó a ser un sujeto inconsolable. Y aprendí que las personas gritan también cuando están tristes, es decir, cuando sufren.

El clan nos otorga un don a quienes lo integramos, y en mi caso, recibí un poder que no había podido usar hasta entonces: transformar las lágrimas en risas. Efraín encontró el sosiego que necesitaba para no morir de la pena con un poco de esa magia. Entonces aprendí que las personas sí necesitan de ella.

Espero que sea suficiente para que Efraín viva 302 años como yo. Pues desde entonces ha vuelto a pintar los cuadros más bellos que haya podido ver. Es más, su último proyecto ha consistido en retratarme, tarea a la que ya ha dedicado varias semanas. Lo mejor de todo es que ha podido seguir la receta de galletas de su esposa. Cada noche, antes de ir a dormir, se asegura de dejarme un vaso con leche y galletas. Son tan deliciosas que me las como todas con la certeza de que la noche siguiente tendré más solo para mí, y nadie las tocará.

Parece que alguien está llegando a casa, ¡son los niños que ponen feliz a Efraín!

Licencia



Atribución: Esta licencia permite a otros distribuir, remezclar, retocar, y crear a partir de su obra, incluso con fines comerciales, siempre y cuando den crédito por la creación original. Esta es la más flexible de las licencias ofrecidas. Se recomienda para la máxima difusión y utilización de los materiales licenciados.

"Tanto en las producciones personales como en las profesionales, la licencia que suelo emplear es la CC BY—NC—SA porque es una alternativa más flexible al copyright, que permite a quienes acceden a la información compartirla tal cual ha sido publicada. A pesar de ser una licencia restrictiva, para algunas organizaciones, es importante que al liberar conceptos, herramientas y categorías en sus obras, terceros se vean beneficiados por el acceso al conocimiento y no por la generación de ingresos a través de aplicaciones que surjan de un acceso libre. La atribución es importante para que las obras derivadas puedan rastrear el contenido original y que dichas producciones sean utilizadas de la misma forma en que fueron creadas, pudiendo constatar los resultados. Contenidos que median un intercambio económico que dan oportunidades a los autores de procurarse ingresos podrían acoger el régimen de derechos reservados con ese fin. No

encuentro que bajo una fórmula de liberar conocimiento sin modificaciones o contribuciones, la licencia CC BY—ND sea útil (a diferencia de CC—BY—SA que sí admite obras derivadas). Finalmente, seleccioné esta licencia para la obra que estoy sometiendo al concurso, porque representa una reciprocidad frente a la licencia que empleó el autor de la obra original, liberando el contenido que produje para que puedan hacer de él algo nuevo sin restricciones más allá de la atribución”.



@ceofcarlosoma

Ilustración de Carlos Eduardo Omaña Fuentes bajo licencia CC—BY—NC—A 4.0 Internacional
“Porque pueden compartir mi obra sin lucrarse gracias a ella”